

De MIGUEL SERRANO

# LA FLOR INEXISTENTE

Postfacio de Armando Uribe

[www.bvdrais.cl](http://www.bvdrais.cl)



LA FLOR INEXISTENTE

*Editores*



*Beuvedráis*



“Que no hay cosa más  
agradable en este mundo que  
resucitar después de haber sido  
despedazado”.

*EL POPOL-VUH (XIII)*

# LA FLOR INEXISTENTE



De MIGUEL SERRANO

Ilustrado por Julio Escámez

Postfacio de Armando Uribe

ISBN: 956-7878-29-3

# Índice

*página*

Nota a esta edición .....	11
---------------------------	----

~

## LA FLOR INEXISTENTE

<i>La Primera Flor</i> .....	17
------------------------------	----

### Parte I ... *Jasón*

<i>El Encuentro con el Amigo</i> .....	21
<i>El Círculo</i> .....	23
<i>Los Gigantes de la Luna</i> .....	25
<i>Veo a los Gigantes</i> .....	30
<i>La Ciudad de los Césares</i> .....	31
<i>Los Náufragos</i> .....	35
<i>La Iniciación</i> .....	36
<i>La Gran Ceremonia</i> .....	41
<i>No Serviré a Señor que se me Pueda Morir</i> .....	43
<i>Es Indispensable una Reina</i> .....	46
<i>Pedro Sarmiento de Gamboa</i> .....	51
<i>El Caleuche</i> .....	55
<i>El Maestro nos Habla de la Ciudad</i> .....	59
<i>Jasón Habla de la Ciudad</i> .....	62
<i>También Hablo de la Ciudad</i> .....	65
<i>Jasón Parte a la Ciudad</i> .....	68
<i>Premonición de los Hielos</i> .....	72

Parte II ... <i>Papán</i> .....	77
<i>El Regreso de Papán</i> .....	79
<i>Un Perro en el Cielo</i> .....	82
<i>Las Visiones de Papán</i> .....	84
<i>Pavana</i> .....	92
<i>La Otra Espina Dorsal</i> .....	98

Parte III ... *La Creación de la Flor*

<i>El Regreso a los Comienzos</i> .....	103
<i>¿Es Esto un Crimen?</i> .....	108
<i>Los Confines</i> .....	110

~

Postfacio

<i>El Poeta en su Prosa</i> .....	119
por Armando Uribe	

## Nota a esta edición



**D**esde los años sesenta del pasado siglo esta Flor siguió sin existir, hasta el día de hoy, editada por primera vez en Chile.

En verdad, al releerla ahora, después de tanto tiempo, es como si pudiera oler su perfume y trasladarme al jardín de mi infancia, en la lejana hacienda de Popeta, donde siendo un niño, me fue dado intentar crearla, en competencia con Dios.

Debo agradecer a *Beuvedráis* que una Flor que no existe se haga visible, se materialice, de modo que yo mismo la pueda ver, recuperando así ese jardín de mi niñez, con su alegría y sus dolores...

*Miguel Serrano*

Valparaíso, 20 de abril de 2004.



# LA FLOR INEXISTENTE



*La Primera Flor*



**J**unto a la casa había un jardín. Mis primeros compañeros de juego fueron las raíces, las hojas, y esos espíritus de la naturaleza que hablan a los niños.

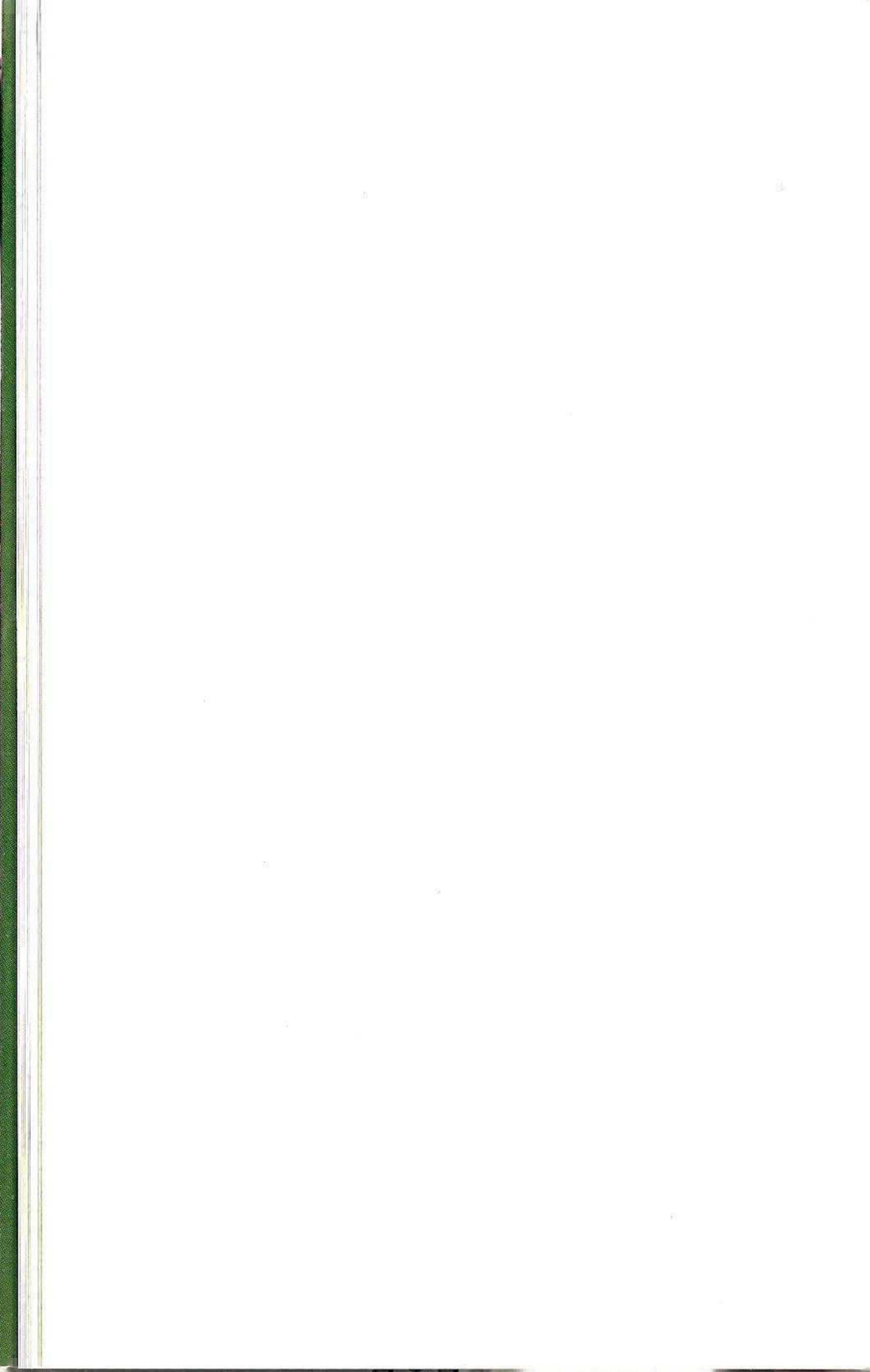
Un día, del interior de una flor asomó una mano y me hizo señas para que me aproximase. Un niño no se asusta de eso; no me extrañó, pues, ver la mano. En cambio, me preocupó que la invitación fuese para entrar en la flor. Poco después, la flor se deshojó. Quise recoger sus pétalos y reconstruirla; pero me fue imposible. Pensé entonces en armar una flor de papel pintándola de colores vivos. Muchos días pasé en mi trabajo, hasta que la flor estuvo terminada. La llevé al jardín y la puse en el lugar donde apareciera la mano. Si la flor hubiese estado bien hecha, la mano volvería a asomar. Pero la mano no vino, no retornó más. Mi flor no podía compararse con las del jardín, pintadas por el buen Dios.

En aquel momento dejé de ser niño y no pude seguir conversando con las plantas, las raíces, los espíritus, ni con las manos que aparecen y desaparecen en los jardines. Había entrado en competencia con la naturaleza y con el buen Dios; había contraído, sin saberlo, el compromiso mortal de crear una flor.



Parte I

*Jasón*



## *El Encuentro con el Amigo*

**Y**a falta poco. Me parece llegado el momento de levantar un extremo del velo y entregar el doloroso secreto de mi generación. No he sido autorizado para ello ni he podido consultarlo. ¿A quién? ¿Dónde? Deberé pagarlo, seguramente, aquí o allí; mas estoy dispuesto, pues si los tiempos no se cumplen de prisa y aún queda oportunidad, puede que esto sirva para conmover a los jóvenes de mi patria, esa nueva generación tan distinta a la nuestra. ¿Acaso ellos no ven que la montaña sagrada se desplomará sobre sus hombros, que los gigantes prisioneros de la roca se arrojarán sobre la historia? ¡Qué tremenda responsabilidad!

Vamos a comenzar por el principio. Contaré del encuentro con el amigo. ¿Quién me presentó a *Jasón*? No lo recuerdo. Tiene que haber sido uno de los nuestros, luego desaparecido. Ni él ni *Jasón* podrán desautorizarme por lo que aquí revele.

*Jasón* había nacido para ser jefe de una época solar. Nos hicimos amigos desde el primer momento, más aún cuando le oí decir que era capaz de trazar un círculo perfecto con

los ojos cerrados, cosa que sólo *Leonardo* logró en su tiempo. Por aquel entonces, yo vivía únicamente para lo mismo; encerrado en mi cuarto, intentaba dibujar, a ciegas, un círculo. Por eso sus palabras me fueron reveladoras y busqué el modo de verle a solas, sin los aventureros trashumantes que lo rodeaban.

Lo recuerdo como si fuese ayer: nos dimos cita en unos barrios quebrados; nos sentamos junto a una mesa y permanecemos sin cruzar palabras. Cerramos los ojos y comenzamos a trazar círculos, círculos... Cuando los abrimos, ya no estábamos allí, la mesa había desaparecido. Estábamos en verdad en el centro del Círculo.

Y fue *Jasón* quien hizo posible que yo llegara hasta allí, conociera al Maestro y al Grupo. Hoy lo sé, hoy lo comprendo.

## *El Círculo*

**D**entro del Círculo, todo era fluctuante, nada inmóvil, ni siquiera los nombres de quienes lo componían: seres que se hallaban en todas partes, como una circunferencia en torno a un centro —el Maestro— que no estaba en ninguna. A veces tenían, o teníamos, nombres de conquistadores españoles; otras, nombres más remotos de habitantes aborígenes de nuestra América. Se mezclaban, así, el mundo occidental cristiano, con el legendario y siempre presente de la Atlántida.

En el Círculo se practicaba un juego mezcla de los Porotos Pallares de los incas y las varitas mágicas del *I Ching*, de la antigua China. El Maestro nos lo enseñaba a propósito, pues sostenía que los incas fueron chinos en su origen, o hindúes, superpuestos al mundo de la Atlántida americana y a las ruinas de Tihuanacu. Nos explicaba que este nombre era relativamente nuevo, siendo dado a esas ruinas gigantescas por el inca Yupanqui, conquistador de los aymarás, al decir a su correo, o chasqui, que llegó hasta allí sin aliento: «Tihuanacu» —siéntate, Huanaco.

Lo supe en el momento de entrar al Círculo, también corriendo, y muy cansado. El Maestro me dijo: "Ti-huanacu".

Creo que el Círculo se llamaba Huilcanota, y el Maestro, *Huilca*.

Pero sólo a veces.

## *Los Gigantes de la Luna*

**P**ara comenzar, se nos explicó la historia de todas las cosas. El Mundo estuvo una vez habitado por gigantes. Fueron ellos los que crearon las civilizaciones de la Tierra, en conexión directa con los astros. Entonces, en el cielo no había sol, porque la Luna estaba cerca e interfería en su brillar. Los gigantes eran, así, Gigantes de la Luna. Eran hombre y mujer. Se hallaban en paz. La mujer reposaba en el costado de su compañero, apoyando la cabeza sobre su corazón. Los gigantes sólo tenían un ojo, pudiendo contemplar los lejanos seres de otros mundos. Con el poder de su mente y voluntad, fijaban el curso de los astros. Sobre lo que hoy es el inmenso Océano Pacífico, se extendía un Continente en el que las olas golpeaban desde el otro lado de las estribaciones andinas. El centro de aquel mundo era la hoy solitaria isla de Rapa-Nui. Tihuanacu, puerto de mar, habría sido construido por los colonizadores gigantes. Mas, un día, el ojo de los Gigantes de la Luna se nubló. Su poder no sostuvo más a los astros en el firmamento y la Luna cayó sobre el continente indooceánico, sumergiendo sus templos y sus glorias. Rapa-Nui, Tihuanacu, el Tíbet, son los restos sobrevivientes que avizoran el pasado. Surgieron la nueva luna y el nuevo sol.

Los gigantes se ocultaron dentro de las montañas: en los Andes, en los Himalayas. Y allí viven, en cavernas, a la espera de otra luna y otro sol. Ellos guardan la sabiduría suprema, la única que podrá transfigurar la Tierra, hoy habitada por una raza disminuida.

El Maestro nos explicaba que la catástrofe también pudo ser a causa de una guerra que sumergiera a los mundos, alcanzando hasta los astros. Porque se han encontrado, nos decía, aborígenes monstruosos en nuestra América, hombres con pies de avestruz, con huesos blandos, con cuernos, con cola, sin rodillas, con los talones hacia adelante, con dos brazos derechos y con dos cabezas, productos, según él, de una radiación maligna. Incluso la raza empobrecida de los hombres actuales sería un efecto de la catástrofe. Algunos gigantes sobrevivientes, que no alcanzaron a refugiarse en las cavernas secretas, construidas en previsión de la tragedia, deambularon por un tiempo sobre la tierra. Se les vio por última vez en la Patagonia y en Grecia. La caída de la luna les había partido en dos, sacándoles la mujer del costado y dejándoles ahí una herida como de lanza. Comenzaron entonces a buscar a la mujer por el mundo, a la vez que disminuían de estatura y, donde no la hallaron, se hicieron sodomitas, como los gigantes del Ecuador, de quienes nos cuenta la leyenda que fueron destruidos por el fuego del cielo.

Toda la historia conocida –decía el Maestro– es una pobre historia. Los incas se apoderaron de imágenes ajenas. Son muy recientes. Tal vez procedan de India o de China, y se instalan en los restos de las ciudades ciclópeas de la



Atlántida, construidas por los Gigantes de la Luna. El nombre Inca, o Inga, lo toman de la tierra a que arriban. Los caminos llamados del Inca son anteriores a ellos. Sin embargo, el Inca también recuerda, pues trae de su lejano mundo otra memoria viva del pasado. El Inca de sangre real poseía un lenguaje secreto, transmitido de padre noble a hijo noble. El bastardo Atahualpa, noble sólo a medias, hace matar a todos aquellos que, siendo de pura sangre real, poseían el lenguaje secreto; tragedia semejante a la que se cumple en la isla de Rapa-Nui cuando se sacan de ella a todos los nobles y sabios, que quizás conocieran la escritura de las “tablillas parlantes”, para llevarlos como esclavos a las minas de oro del Perú. Es posible que el lenguaje secreto fuese el sánscrito arcaico o alguna forma antiquísima del chino. En Eten, en Perú, y en Aten, en Bolivia, hay pueblos aborígenes que hablan un idioma comprendido por los chinos.

La escritura llegó a ser prohibida como cosa del demonio. Lo es también la literatura, nos aseguraba el Maestro. Quien escribe, se condena, pierde la vida y su tiempo al destruir el verbo palpitante y creador, el *logos espermatikos*. Los gigantes no escribieron; sólo proferían voces mágicas y trazaban signos vibratorios que actuaban en las regiones intratómicas del Universo, pudiendo cambiar hasta el curso de los astros. Estos signos se conservan aún en las cavernas de la época glacial como diseños rupestres, y fueron dejados allí por la raza misionera del Magdalenense, que desapareció con el hundimiento de la Atlántida. El maestro nos revelaba que algunos de esos signos estaban en su poder y que nos los entregaría a medida que demostrásemos ser personas dignas de confianza.

El lenguaje incaico de colores y lanas era como el juego simbólico de los Porotos Pallares, algo que no ofende a los dioses, por ser rito puro y juego destinado en verdad al viento.

Los Incas transportaron el sistema de castas a América. Es más, crearon una raza artificial, la de los "orejones", parecida a las pinturas de los Budas de Oriente. Trajeron también a estas zonas el culto del oro, que no simboliza a la luna, sino al sol. En la escondida ciudad de Machu Picchu, languidieron por siglos las Vírgenes del Sol.

Pero en Tihuanacu hubo un poder supremo que los Incas ignoraron. Fue el poder del vuelo. Los Gigantes de la Luna podían volar. En los inmensos bloques de piedra de Tihuanacu se les representa con alas y cetros. Tal vez ellos vinieron de otros mundos del firmamento y allá retornaron. Sus rostros son de hombres o de grifos.

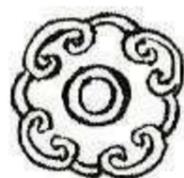
En la India, hubo una vez un gigante de muchos brazos, a quien se recuerda con el nombre de *Siva*. Estaba ahí con anterioridad a la llegada de los arios. En América, el gigante se llamó, a veces, *Con Ticci Viracocha*, y era de color blanco. Quizás fue el rey de la Atlántida. Los Gigantes de la Luna eran blancos.



## *Veo a los Gigantes*

**U**n amanecer les vi. Fue una visión estática y violenta, como si se abriera una ventana en el espacio aún oscuro o me naciera un nuevo ojo. Contemplé la gran mole de los Andes y, dentro de ella, dos gigantes prisioneros de la roca. Las cabelleras les caían sobre los hombros y los bordes de sus siluetas se enmarcaban con vetas de oro. Uno, extendía hacia lo alto sus brazos implorantes; el otro, se inclinaba hacia la tierra.

Pienso así que los montes pueden ser el cuerpo petrificado de los gigantes, que sólo un nuevo cataclismo liberará.



## *La Ciudad de los Césares*

**T**engo la impresión de que las historias que el Maestro nos contaba y a las cuales tanto se refería en el Círculo, no han sucedido jamás fuera de nosotros. Tal como mi visión, se hallan dentro. No lo sé. También es posible que estuviesen destinadas a impresionarnos fuertemente, a darnos impulso hacia lo alto, lo hondo, lo lejano. En una palabra, a agitarnos.

Después de todo, ¿qué es adentro?, ¿qué es afuera? Y el Círculo mismo, ¿dónde estaba? ¿No había sido trazado por *Jasón* y por mí sobre el madero de una mesa, allá por los años de la juventud?

Se nos decía que teníamos que cambiar, aun físicamente, para hacer posible la Nueva Edad, el retorno de los gigantes y ser merecedores de entrar en esa Época. Había una ciencia para ello, la cual se conservaba en alguna parte, en un lugar perdido, secreto. Era la ciencia de la inmortalidad, la que nos permitiría abrir en el entrecejo el ojo antiguo.

Nuestro trabajo era tan importante y el cambio de estado tan urgente, que de ello dependía el futuro del mundo.

Porque la nueva luna también se haría vieja y si no redescubriamos la ciencia que nos permitiera fijarla en el espacio, caería a destiempo sobre la tierra, aun antes de que los gigantes salieran de las montañas. Chile era el país destinado al gran trabajo, porque en él es donde hay un mayor número de gigantes aprisionados en la roca. En realidad, los verdaderos pobladores de Chile son los gigantes. La raza de hoy no encuadra en la belleza divina del paisaje. Hay un profundo desequilibrio entre persona y paisaje, que sólo podrá ser restaurado cuando unos pocos descubran la antigua sabiduría que les permita transfigurar la tierra al identificarse con los gigantes; es decir, abrir las puertas de la Montaña, para dar salida a los seres que la habitan. Y sólo entonces se apaciguará el terremoto y se detendrá el desborde de las aguas. Junto a nosotros se alzarán todo un continente, con sus glorias y templos sumergidos. La montaña y la tierra calmarán sus furores y en la luz lunar, en su temblor verde, se acunará una flor.

De no cumplirse esto, la montaña caerá sobre la débil franja de la patria y una raza enferma se precipitará con la roca en los abismos.

He aquí nuestra responsabilidad, he aquí el trabajo de nuestra generación.

~ ~ ~

Muy pronto, el Maestro nos habló de la Ciudad de los Césares. Hay unos seres, nos dijo, que no tienen nada en común con los Gigantes de la Luna, ni con quienes ahora pueblan la tierra. En verdad, no se sabe de dónde vienen, ni dónde han adquirido esa sabiduría que les ha hecho inmortales. Podrían



ser los hombres con alas que aparecen en los frontispicios de Tihuanacu, en la Puerta de la Luna, en el templo de *Kalasa-saya*. Ellos mantienen férreamente en sus manos el cetro de la sabiduría que hace posible la salvación y el advenimiento de la Nueva Edad. Viven en una ciudad oculta entre los montes, en medio del océano, en una isla, en un oasis, en un lago; aquí o allá. Se han dado muchos nombres a esa ciudad. Fue llamada el Gran Paytiti, y se la ubicó entre Perú y Brasil; o el Gran Quivira, en Méjico; Elelín y Trapalanda. También se la ha llamado la Ciudad de los Césares, a causa del capitán español *Francisco César*, quien se extraviara con sus hombres en tierra de los querandíes, allá por el año 1528. El capitán dijo haber llegado a una ciudad encantada. Aquellos de sus hombres que no regresaron de la expedición, quedáronse allí. ¿Dónde está esa ciudad? En la Patagonia, en el Lago Nahuel-Huapi,

en la Laguna de Puyehue, cerca del estero Llanquecó, en la cordillera de Sarmiento, en Última Esperanza, en el monte Melimoyu, en los oasis de la Antártida y también en la India, en el monte Kailás.

Es allí donde se guarda la ciencia de los signos que abren los secretos de la eternidad.



## *Los Náufragos*

**A** través de la historia y del tiempo, muchos hombres alcanzaron hasta el recinto de la Ciudad. Fueron los náufragos, los que una vez abandonaron padre, madre, esposa, hijos, y no regresaron más.

¿Dónde fueron? ¿Qué se hicieron...? Llegaron a la Ciudad de los Césares, a la Ciudad Encantada. Algunos son simples sirvientes de la Ciudad; otros, sus señores. La mayor parte de ellos son del siglo XVI; pero también hay quienes en nuestro tiempo han forzado sus muros. Allí están. Allí nos esperan.

## *La Iniciación*

**C**omo se habrá adivinado, de lo que se trataba en el Círculo y en el Grupo, era de prepararnos para encontrar la Ciudad de los Césares y producir en nosotros un cambio total que hiciera posible nuestra entrada en ella y en la Nueva Edad.

La iniciación consistía, además del juego con los porotos incaicos y con el *I Ching*, en una ceremonia en la que cada uno de nosotros, vestido de un modo especial, debía identificarse con un naufrago del siglo XVI, con un testigo de la Ciudad, ya fuese indígena o español, o con uno de sus buscadores. La elección del personaje aparecía como fortuita, pero sospecho que el Maestro la dirigía sutilmente con sus poderes hipnóticos y con su intuición, sin que lo notáramos. Se nos daba a beber un licor araucano que llamábamos “soma”, usando el viejo nombre sánscrito de los arios.

De este modo, y por etapas, éramos naufragos, testigos sobrevivientes y buscadores apasionados que marchábamos por las pampas interminables, sufriendo el espejismo llamado “brillazón”, muriendo en el “abrazo de la Virgen de los Hielos”,

arrastrándonos por cimas y espesuras, en busca de los muros siempre distantes, siempre huidizos, de la Encantada Ciudad.

La ceremonia tomaba la forma de un Mandala, de un Círculo. Al centro se ubicaba el Maestro, manteniendo una espada en su mano derecha y un libro en la otra. En el libro no había nada escrito, al menos nada que nosotros pudiéramos entender. El Maestro pronunciaba algunas frases en una lengua incomprensible que olvidábamos al instante. Nosotros, la "Circunferencia", hablábamos después por turno. El Maestro era el "Centro", como hemos dicho. Y empezaba la danza que llamábamos "Raslila" y el canto llamado "Mantram".

Primero se escuchaba el coro de los náufragos. Hablaban las tripulaciones perdidas del siglo XVI; las de *Simón de Alcazaba*, las del *Obispo de Plasencia*, las de *Pedro Sarmiento de Gamboa* y, también, los compañeros del capitán *César*. Todos ellos nos contaban sus cuitas, sus temores, sus hambres espantosas. Las largas noches del Estrecho, cuando buscaban, con las pupilas agrandadas por el espanto, la sombra del barco que vendría a rescatarles, mientras gemían el vendaval y los fantasmas. Arrojábanse luego a los hielos, a la Pampa, al enloquecido caminar, en la esperanza de encontrar una población, un algo. Se amotinaban, se daban muerte, devorándose, hasta que allí, en la estepa, encontraban la flor, el fruto llamado Calafate. Era la Flor del Regreso. Comiéndola, veían aparecer una ciudad extraña, sus muros, su puente levadizo, una campana que tañía, centinelas sonrientes que les invitaban a pasar. Cruzaban esos muros y, al hacerlo, ya estaban salvados, porque estaban muertos; nadie les encontraría jamás; habían llegado a la Ciudad de los Césares. Y sus cuerpos, flameando como



banderas enloquecidas, pendiendo como guiñapos del Árbol de la Justicia, en la plazoleta de Puerto Hambre, o Ciudad del Rey Felipe, despedían una luz de otro universo.

*Simón de Alcazaba*, el portugués, fue asesinado; el *Obispo de Plasencia* no se movió de España; *Pedro Sarmiento de Gamboa*, curioseando por la magia y la alquimia, fue perseguido por la mala fortuna, golpeado por el destino, sin que por ello se doblegase su voluntad de acero. Penetró en el Estrecho, fundó la Ciudad del Rey Felipe y dejó allí un puñado de hom-

bres a quienes la desgracia y la tempestad le impidieron socorrer. Su recuerdo le persiguió en los sueños hasta el fin de sus días; aun cuando su tripulación entrara en la Ciudad de los Césares y allí se hiciera inmortal.

Así nos lo contaban los testigos, en coro enronquecido y aparatoso, quitándose las palabras, mezclando las voces aborígenes con las castellanas. Muy astutamente describían la Ciudad, con gran emoción. Sus habitantes, decían, eran hombres blancos y barbados; todos eran magos y tenían indios por servidores, a los que dominaban con sus poderes. También había una Ciudad de los Césares indígena.

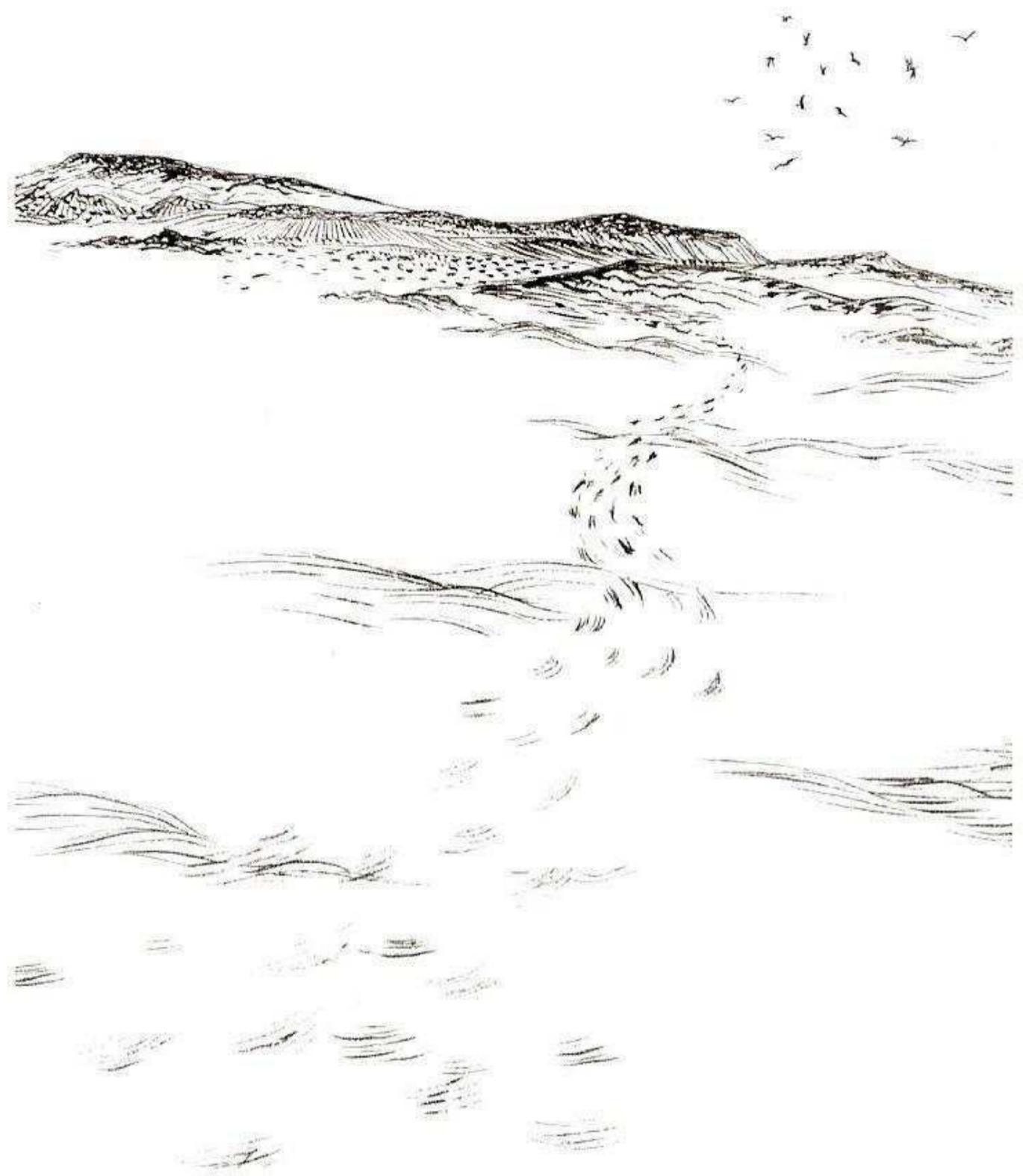
Los náufragos sobrevivientes de la expedición del *Obispo de Plasencia* afirmaban haber vivido en la Ciudad de los Césares. Todos ellos, los que se salvaron y fueron testigos, no habían comido el Calafate, la Flor del Regreso, la que lleva a los orígenes, que es como morir.

Y todos ellos decían que la Ciudad tenía muros de oro, techos de diamante y una campana que tañía en la tierra, pero que se escuchaba en el otro mundo. Sus habitantes no nacían ni morían, y hablaban un lenguaje desconocido. Eran eternos. La Ciudad estaba encantada y al desencantarla, se acabaría el mundo. Hubo alguien que aseguró que la Ciudad se llamaba Los Árboles de la Ciudad de los Césares. Los indígenas llamaban “Ancahuincas” a sus habitantes, para señalar que eran blancos. Un prior afirmaba que, navegando por el Estrecho de Magallanes a los 50<sup>o</sup> de latitud sur, vio a un hombre embozado en una capa celeste, sobre un montículo de la costa y acompañado de un perro blanco. Era rubio, de ojos azules, y desapareció en dirección a unas cúpulas que refulgían en el horizonte helado.

Entonces el Maestro levantaba su espada y hacía callar el vocerío de los testigos, para que pudiesen hablar los buscadores.

Lo hacían por turno, ordenadamente.

Las voces de los buscadores eran calmas, soñadoras, envueltas en un ansia indecible de lo eterno. Sus descripciones eran escuchadas en el Círculo con profundo recogimiento, como quien oye música sagrada.



## *La Gran Ceremonia*

**L**legó así el momento de mi iniciación. Hasta entonces se me había aceptado en el Círculo como a un aspirante, pudiendo contemplar un tanto como desde afuera lo que aquí se ha descrito.

Aquel día se me entregó una túnica semejante a la que lucen las figuras de piedra de Tihuanacu. Como siempre, entré en el Círculo rozando la mano del que estaba a mi lado. En ocasiones anteriores, también participaba en las festividades y hablaba como náufrago, como testigo o como buscador, pero de manera inconexa, por así decirlo, dejando que las frases vinieran como en un juego y cambiando de un personaje a otro con bastante superficialidad, aun cuando, en varias ocasiones, el personaje se apoderaba de nosotros y hasta seguíamos con él por semanas, buscando la Ciudad de los Césares en las calles diurnas.

Ahora, sin embargo, pareciendo todo igual, algo había cambiado fundamentalmente: la prueba iba a ser definitiva, nos jugaríamos el derecho a seguir en el Círculo, a escuchar al Maestro, a tener un maestro, a rozar la mano de un amigo,

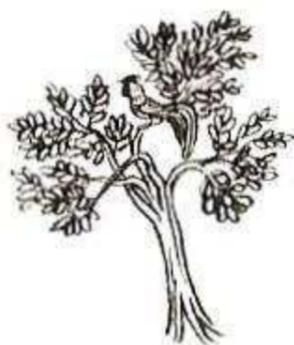
a tener un amigo, a pertenecer a esta Orden sin tiempo y a seguir en la búsqueda de la Ciudad, pudiendo hasta entrar en ella un día.

Es decir, en la Ceremonia yo debía estar dolorosamente alerta, adentrarme en el alma y el ser de un personaje, dejarme utilizar por él, “morir para que Él viviera”. Todo sería igual, pero distinto.

¿Cuál iba a ser mi personaje? Nunca se sabía. Quizás solamente el Maestro lo conociera con anticipación. Pero tal vez ni él lo supiera. Sólo podíamos esperar, hasta que llegase nuestro turno, hasta que el Maestro nos lo indicara.

Mientras tanto, otros hablaban; comenzaba la danza y el canto. Y era lo mismo que si fuera yo quien hablaba a través de todos ellos. Como si en el Círculo no hubiese nadie más que yo.

Escuchémosles, escuchémosnos.



## *No Serviré a Señor que se me Pueda Morir*

**H**abla el portugués, *Simón de Alcazaba*. Y no dice nada de la Ciudad; muy poco de su vida. Habla de otras cosas. En verdad habla del amor:

*Tuve la suerte de que en mi tiempo reinara en Castilla Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, el guerrero, quien la dejó muy sola, marchando a lomo de su caballo por tierras de Europa. Por Real Cédula firmada de su mano, Isabel me concedió doscientas leguas de las tierras que conquistare hacia el sur de estas Américas. ¿Han visto alguna vez un retrato de la Reina? La pintó el Tiziano. No creo que haya existido jamás una mujer más bella. Sus ojos eran profundos; su frente, amplísima; sus colores, como los de la porcelana china; sus manos, de marfil puro... Y ella vivió sola, con sus libros, perdida en sueños. El Rey, su señor, viajaba a caballo, guerreando en los extremos. Encargole al Duque de Gandia que la cuidase en sus ausencias. El Duque era de la familia de los Borja. Borgias en Italia, familia papal, de místicos y libertinos. Es decir, hombres puros, capaces de amar y*

*pecar hasta más allá de la vida, capaces de soñar lo imposible, dignos de residir en la muy encantada Ciudad de los Césares.*

*El Duque de Gandia cobró un amor apasionado por Isabel. Solícito la cuidaba, atento a sus más menores deseos. Leíale viejas cantigas. De hinojos a sus plantas contemplaba sus manos marfileñas.*

*Hay mujeres que son para el amor; otras, para los hijos, para prolongar las cosas de este mundo. Una reina de verdad es tan sólo para el amor. Isabel debió ser como una vestal, una sacerdotisa casta, una Virgen del sol o de la luna. Tal vez Carlos V lo supiese y por eso viajaba dentro de la guerra. También él estaba consumido por Dios, terminando sus días entre cartujos. Sin embargo, profanó el templo; le dio hijos a la Reina. Isabel murió de parto.*

*El Duque de Gandia se hallaba en viaje. Cuando se ama de verdad, los hados no permiten contemplar la muerte de lo amado. Isabel murió sola. Francisco de Borja, Duque de Gandia, lo supo tarde. Galopó, galopó para alcanzar al entierro. Llegó cuando el cortejo iba camino al camposanto y pidió que le dejaran ver el rostro de su Reina, los párpados como alas, las manos de luz marmorizada. Pero sólo alcanzó a ver un cuerpo en desventura.*

*El Duque de Gandia exclama: «No serviré más a señor que se me pueda morir».*

*Francisco se transforma en San Francisco de Borja. Un Borja se hace santo, por el amor de una Reina*

*que quiso pudrirse ante sus ojos para que él pudiese alcanzar el cielo. Gran sacrificio, amor supremo, único capaz de robar para la santidad a un libertino de sangre y estirpe. Porque la santidad se encuentra en la esencia del libertinaje y sólo hace falta el encuentro con el amor verdadero, para que opere su milagrosa alquimia.*

## *Es Indispensable una Reina*

**H**a callado *Simón de Alcazaba*. El Maestro hace el gesto. A mi lado, comienza a hablar el padre *Nicolás Mascardi*. De origen italiano, su lengua es suave:

*No recuerdo cuándo la Ciudad se apoderó de mí. Era muy joven. Me parece que fue al pisar por primera vez tierras del sur del mundo y contemplar las cumbres en que tiembla una luz innatural, como halo de santo. Empecé a prestar oído a las consejas de los indios y a ciertas palabras que algunos de los nuestros se comunicaban en secreto como el santo y seña de una cruzada misteriosa. El silencio se hacía entre ellos al aproximarme. Mi adivinación me dio a entender de lo que se trataba aun antes de que me fuese revelado. Supe que aquellos hombres formaban parte de una Orden herética que buscaba una Ciudad perdida entre las montañas. Me enteré de ello por la confesión de un muribundo. Él me habló de la Ciudad y de su búsqueda. La había visto, muy hacia el sur, junto al lago Nahuel-Huapi. Sus muros eran de oro; sus calles, de plata; sus*

*casas, de piedras preciosas. Todos sonreían y le invitaban; pero él tuvo miedo y se resistió a entrar, porque allí no vivían cristianos, ni existían sacerdotes. La campana no tañía por Jesucristo, sino por un dios desconocido e innombrable. La Ciudad estaba embrujada.*

*Dije al moribundo que yo deseaba ir a la Ciudad y le exhorté a que me revelara la secreta ruta. Se santiguó espantado. «Un sacerdote no podrá entrar allí», exclamó.*

*Desde ese momento la Ciudad se apoderó de mi alma. Debía llegar a ella y convertir a sus infieles. Empecé a investigar, a hurgar hasta en las confesiones.*

*Cuando los indígenas conocieron mis ansias, comenzaron a hablarme, primero muy confusamente, luego más claro. Me trasladé más al sur, a Chiloé. Su gente, que posee una memoria muy lejana, me fue dando a saber algunos indicios. Juntaba cuidadosamente las informaciones. Los signos señalaban hacia el sur, siempre más al sur.*

*Por aquellos tiempos, tuve visiones. Se me apareció San Javier y me ordenó marchar en busca de la Ciudad de los Césares. Debía entrar en ella para hacerme inmortal. Discutí con el santo, manifestándole que sólo iría allí para convertir infieles y prestar servicios religiosos a aquellos de los nuestros que en ella vivieren. Pero San Javier rió, con una risa enorme, y ya no le vi más. Se me apareció embozado en una capa celeste y acompañado de un perro blanco.*

*Otras veces contemplaba en sueños la Ciudad. Me paseaba por sus calles, siempre solitarias, un poco*

*parecidas a las de mi lejana Asís. No había nadie, soplaban un viento suave, como música de órgano, y me parecía como si desde las casas alguien me siguiese con una mirada atenta. Despertaba lleno de felicidad y también de dolor.*

*Por aquel tiempo, liberé a algunos indígenas. Eran niños mansos y buenos, gente pagana y sencilla, indios puelches. Se encontraba entre ellos la mujer de un cacique a quien llamaban Reina. La llevé de regreso a su tierra. En el viaje, a través de los canales, me habló, prometiendo servirme de guía hasta la Ciudad. «Sólo yo puedo ayudarte», dijo, «porque soy mujer y porque soy Reina. Para entrar en la Ciudad se hace necesario encontrar una Reina».*

*No olvidaré nunca su mirada cuando agregó: «Tú eres casto, tú mereces llegar allí».*

*En verdad, hablaba como una Reina. Y no se dirigía al sacerdote que hay en mí. Se dirigía al hombre, pero al hombre casto. Nunca me había mirado nadie de este modo; nunca nadie lo ha vuelto a hacer.*

*Creí a la Reina; aún le creo. Supe que iba a entrar en la Ciudad. Por ello no me desanimé jamás. Cuando, tras de obstinado deambular entre cimas y abismos, el desaliento me hacía presa, la visión de sus ojos oscuros me sostenía, impulsándome a seguir.*

*Recorrí medio mundo, sin saberlo casi, hechizado por la Ciudad, o por aquellos ojos. Descubrí aguas que nadie ha visto, cumbres donde florecen extrañas plantas*

*y se mecen lirios de fuego, llanuras de pura luz sonora, nieves como la espuma de la plata. Me sumergí en las aguas del lago Nahuel-Huapi, frías como la muerte, donde los ángeles lavan sus alas. Y en las noches, me prosterné bajo las hayas y las coníferas perdidas, tratando de descubrir en el cielo un signo de Nuestro Señor, una luz amiga.*

*Nada, nadie, ni siquiera San Javier. Sabía ya que la Ciudad estaba cerca; a veces, creía estar pisándola. Encontré un viajero solitario de la Patagonia. Le acompañaba un perro blanco. Pasaba de largo, pero le llamé. Era español. Le pregunté si deseaba confesarse. Me miró de extraña manera; sus ojos me recordaban a la Reina. Recuerdo sus palabras: «Quien necesita confesarse eres tú; aunque no con un sacerdote de tu clase, sino con otro que yo conozco. Vas en busca de algo que nada tiene que ver con nuestros tiempos. Confiésate a ti mismo; pero di la verdad; di que eres un Ancahuinca».*

*Cuando el desconocido partió, me fijé en su perro blanco y recordé mi visión de San Javier. Me puse a orar. Me confesé a mí mismo. De esta confesión salí trastornado. Sí, en verdad, yo era un Ancahuinca. También yo buscaba la Ciudad para eternizarme.*

*Despaché mis últimos emisarios en todas direcciones, llevando mensajes para los habitantes de la Ciudad, escritos en seis idiomas, entre ellos el griego, pues llegué a creer que los pobladores de la Ciudad eran antiguos griegos, tal vez el mismo Apolo, rejuvenecido en las regiones de los hiperbóreos.*

*Y planté un manzano en tierras del sur, donde sólo crece el viento.*

*Me preparé para entrar en la Ciudad, porque la visión de los ojos de la Reina me revelaba ahora el gran secreto: sólo muriendo podría entrar en la Ciudad. A un simple sacerdote no se le permite entrar con su cuerpo en la Ciudad. Deberá transformarse, convertirse en Sacerdote-Mago.*

*Y cuando la lanza indígena me abrió el pecho, del arroyuelo de sangre que de él manara para regar el lejano sur y fertilizar el manzano, vinieron también ciudades y ciudades, con muros de oro, con techos de diamante, que yo llevaba dentro desde que naciera.*

Calla *Nicolás Mascardi*. Y el Maestro exclama: «Te hiciste sabio gracias a la *Reina*. Quien no encuentre antes a su *Reina*, no entrará en la Ciudad».



## *Pedro Sarmiento de Gamboa*

**H**ay un silencio penoso. El Maestro lee esas páginas que nadie entiende, que se olvidan. Levanta su espada y me señala:

«A ti, Huanaco».

Me recorre un estremecimiento. Soy *Pedro Sarmiento de Gamboa* y he comenzado a hablar:

*Me interesó la magia y la alquimia. En los astros busqué las fuentes del destino, y en los metales vislumbré una sustancia cambiante que puede darnos la felicidad. Petrus Toletanus fue mi amigo. En sus códices mágicos descubrí las fórmulas de una unión con el alma y el cuerpo de la mujer que harán posible quedarse más frío en esta vida que los hielos que surcan el Estrecho. Pero todo esto pasó como una inspiración de juventud. El Santo Oficio sospechó de mí y preferí lanzarme a la aventura en el mundo de los vivos, aunque en verdad era el de los muertos. Fue mi error. Nadie puede detenerse a mitad de camino, cambiar de ruta sobre la marcha; una vez iniciado hay que seguirlo hasta el final,*

*si no se quiere atraer la desdicha, haciendo que el cielo se desplome sobre nuestra osamenta.*

*Quise colonizar el Estrecho del fin del mundo, donde ya se escucha el llamado de la tierra que se sigue hasta el Polo; Tierra Incógnita, quizás si habitada por ángeles, o por demonios. Muchas veces vi aparecer a través de la niebla la "Isla Blanca que está en el Cielo", y escuché el sonar de una música queda.*

*Mi jefe era un cortesano cobarde que amaba la gloria fácil y sufría espantos junto al rugir del vendaval.*

*Retornó a España. Pero yo regresé al Estrecho, ahora al mando de mi gente. Otra vez nos golpeó el huracán*

*y esa ola gigante que viene como empujada por una mano monstruosa y que nos prueba hasta el límite de la fortaleza humana.*

*¿Qué es lo que yo buscaba? En apariencia, fundar ciudades en el Estrecho, para impedir el paso a los ingleses; pero en verdad me arrastraba esa corriente irresistible que va por debajo de*



*las más profundas aguas, hacia el sur, siempre más al sur. Ella era la atracción de mi alma. Sin embargo, mi corazón estaba dividido desde que abandonara la astrología y la magia. Y hacia allá, hacia el extremo sur, no se penetra sino con ellas. Quien apenas las ha probado, como yo, para alejarse luego, por flaqueza de la carne, sera cogido entre dos fuerzas contrarias que le destrozarán.*

*La desgracia me golpeó junto con mis hombres. En el Estrecho fundé la Ciudad del Rey Felipe. Luego volví a nuestros puertos del Atlántico, en busca de refuerzos y alimentos, dejando en la Ciudad un puñado de valientes, con la orden de mantenerla firme. Fue el momento elegido por los astros para ensañarse con nosotros. La gran ola y el viento empujaron mi nave, lejos, siempre lejos, en dirección a Europa, a España... Y ya nunca más logré volver.*

*Imaginad lo que esto significa. Luchaba con todas mis fuerzas por retornar y la ola me llevaba en otra dirección. Fui aprehendido por los ingleses; conocí el hambre, la enfermedad. En España, las largas antesalas de los poderosos. Pero todo eso no fue nada en comparación con la agonía interior. Mi cuerpo deambulaba, estaba prisionero, estaba enfermo, mas mi alma corría sobre el mar hacia mis náufragos. Ellos habían confiado en mí, creído en mi palabra. Ellos me aceptaron por jefe. Allá, en la Ciudad del Rey Felipe, junto al ulular del viento, sus ojos se cansaban de escudriñar la niebla para verme aparecer. ¿Hay quien*

*comprenda el tormento del jefe que descubre que ha defraudado a sus hombres? Moría mil muertes con cada uno de ellos y eran atroces esas muertes.*

*Ante este dolor de jefe y de hombre, lo olvidé todo: la gloria, la "Isla Blanca que está en el Cielo", la magia, la alquimia de mi juventud. Sólo el dolor humano, la protesta del hombre frente al destino, me acompañaron hasta el final, con mi ruego no escuchado:*

*«Suplico a Vuestra Majestad, por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se acuerde de aquellos vuestros leales vasallos que, por serviros, han quedado en regiones tan remotas, que espantaron a aquellos que se volvieron huyendo».*

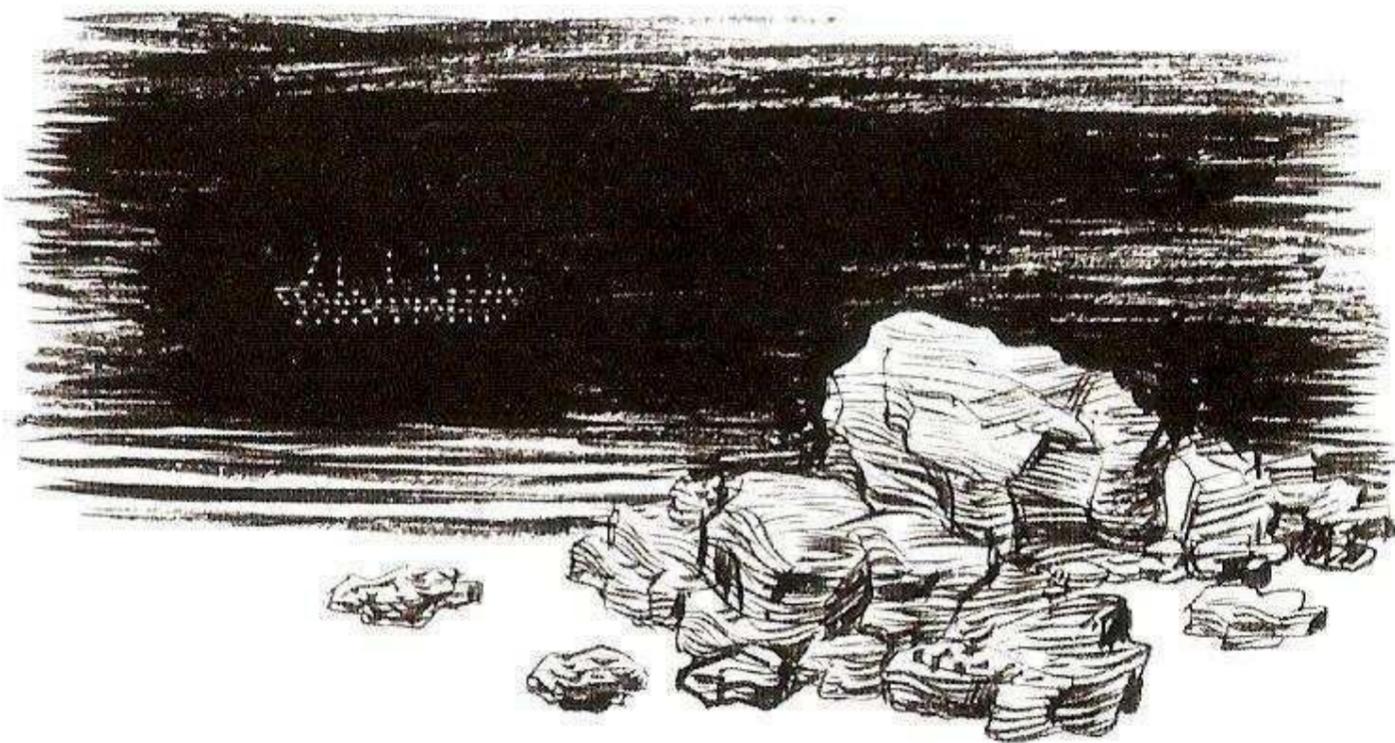
~ ~ ~

Estoy sin aliento, me parece que he hablado a gritos y que he dicho cosas impropias, que el héroe me las ha hecho decir. Veo los ojos del Maestro posarse en mí. Son duros, pero hay en ellos un relámpago de complacencia. No se mueve, sólo me dice:

«¡Ti-Huanacu!».

## *El Caleuche*

**L**os habitantes de la Ciudad de los Césares disponían de una flota compuesta de bergantines antiguos, trirremes y también barcos modernos, de aquellos que se ocultaron en los canales del sur en la guerra de 1914, y submarinos de la última Gran Guerra. Estos barcos se aprovisionaban en los misteriosos oasis de la Antártida, donde tal vez se esconde la Ciudad. La flota era mandada por almirantes expertos e inmortales, con barbas heladas y ojos como icebergs. Toda una tripulación fantasmal entonaba coros parecidos a aquellos que se escuchan en las catedrales sumergidas.



Esta flota navega bajo el agua, por las profundidades del mar, debajo de los hielos Antárticos, abriéndose paso en dirección a los oasis de aguas tibias que existen en las praderas congeladas. Es por esto que los coros marinos se escuchan en las noches y en los atardeceres como emergiendo de las olas, ascendiendo del hondo mar, mientras el reflejo engañoso de las luces de la flota sumergida es visto por los navegantes y los náufragos.

Hay veces que la flota sube a la superficie y se lleva a un hombre o una tripulación entera, que desaparecen sin dejar rastro. Han sido enganchados por la Armada de la Ciudad Fantasma y residen ya en los oasis de la Antártida, en el Mar de Bismarck, o en la tierra de la Reina Maud. Se ha visto a los marinos de la Ciudad de los Césares y se les describe como una tripulación abigarrada, con vestimentas y cotas de malla del siglo XVI, con túnicas del cuatro milenario, con alas de Tihuanacu, o bien, con uniformes del Tercer Reich.

La flota de los Césares comercia con gente de tierra adentro, en especial con habitantes de los Cerros de Valparaíso. Este Puerto de leyenda conoce mucho de la Armada Invisible; también, Punta Arenas, en el Estrecho, y Chonchi, en Chiloé. Los hombres que comercian con los Césares llevan una vida misteriosa, duermen de día y sólo de noche abren las puertas de sus casas. Se ven entonces luces y sombras que transitan, cargando grandes sacos.

El barco almirante de la Flota es el Caleuche. El Maestro nos habla de él:

*Navega bajo el agua –nos decía– con todas sus luces. En verdad, reptaba, porque aun cuando semeja un atado de huiros o un lobo de mar a la deriva, o una ballena muerta, su mayor parecido es con una serpiente. Por esto también se le ha llamado “Kundalini”, fuego serpentino, que abre las puertas de la Ciudad de los Césares, barco que nos transporta a sus playas ancestrales. En el Galeuche va el Almirante. Lleva en sus manos un catalejo que más semeja un cetro; también tiene alas. Cuando las despliega, el Galeuche es una serpiente alada que navega por el firmamento recalando en todos los astros. El Almirante es mudo, no habla, no ve; en realidad es guiado por los náufragos. Por eso anda a la espera y a la caza de ellos. Cuando encuentra a un hábil piloto que le guíe, la tripulación entona un cántico que va repercutiendo de ola en ola, de flor en flor, resucitando orquestas invisibles. Y el Galeuche, como un fuego que procede de las profundidades, reptaba a través de los angostos canales del antiguo sur, llamado también en lengua ona o de los selknam, Tarémquelas; o sube hacia el Viejo Norte, llamado Ctáit. Y así va por los canales, con pasos de fuego, hasta abrirnos las puertas de la Ciudad.*

Luego, el Maestro nos confundía, pues daba también otros nombres a todo esto. Decía que los canales patagónicos se llamaban “Ida”, “Pingala” y “Susumna” y que el Puente Levadizo de la Ciudad de los Césares se llamaba “Manipura”.

~ ~ ~

Así hablaba el Maestro, en una lengua que se hacía más y más ininteligible para nosotros, pero que cada vez olvidábamos menos. Todo esto sucedía desde que fuéramos iniciados en la Gran Ceremonia. Parecía que el Maestro considerase que ya no hacía falta la imagen formal porque nos encontrábamos un escalón más arriba en el sendero por el cual nos guiaba, o una espiral más alta, o más adentro en el Círculo que le ayudábamos a trazar.

## *El Maestro nos Habla de la Ciudad*

**A**quí se cumple la primera etapa de nuestra iniciación. Se nos anunció que debíamos dejar el Círculo por algún tiempo, para dedicarnos a la búsqueda física de la Ciudad sin que pudiéramos regresar hasta no traer una descripción personal y más o menos exacta de ella. Para ayudarnos, el Maestro nos hizo un relato somero de la Ciudad, tal como él la concebía:

*Se encuentra en todas partes y no sólo en el lago Nahuel-Huapi, entre las Torres del Paine, en el Monte Melimoyu y en los oasis antárticos de la Reina Maud. También aquí mismo, en el centro de Santiago de la Nueva Extremadura, en la calle San Diego, en Avenida Matta, en la calle Lira, en Carmen, en Recoleta, en Santo Domingo, en Padura y muchas más. La andarán pisando, escuchando a cada momento; cuando hayan entrado en ella, ya no lo estarán; cuando crean haber llegado, descubrirán que es un engaño; la habrán encontrado cuando no lo sepan, cuando ya no lo esperen, cuando crean que no existe, cuando les haya vencido el*

*desaliento. Nacieron en ella, viven en ella, la perdieron antes de nacer; la recuperarán después de morir. No la encontrarán nunca; está con ustedes por toda la vida. Es un cuadrado. Su entrada es lo más difícil de franquear. Se hace necesario dar muchas vueltas en torno a sus muros para descubrirla. A veces, se necesitan años, o siglos; a veces, tan sólo un segundo. Hay que conocer el santo y seña para que el Centinela que nunca duerme dé paso y baje el Puente Levadizo sobre el profundo foso que aleja de sus muros. Y ni aun entonces terminan las penurias. Hay otras puertas en la Ciudad, otros puentes, otros centinelas, en sucesión interminable, de modo que siempre nos parecerá que hemos quedado fuera de sus muros, que nunca llegaremos a cruzarlos. Nuevos esfuerzos, otras contraseñas, más guardadores, antes de llegar al Centro, a la Sala del Trono. Cualquier error nos devolverá al espacio vacío, al páramo, a la llanura, y seremos parias sin esperanza. Más os valiera no haber entrado nunca, no haberla buscado, no haber oído jamás de ella, si os veis arrojados de su recinto. Porque no sólo perderéis esta vida, sino también las otras.*

*No olvidéis lo que os digo: la Ciudad es un laberinto, un Círculo sin ningún centro y con innumerables circunferencias. Buscadla con calma, con esperanza, sin dormiros jamás, con los ojos muy abiertos. Y no volváis aquí sin traerme una descripción de ella que, aun inexacta, me hará feliz.*

~ ~ ~

Muchos recordarán ahora gestos y actitudes de nuestro inolvidable amigo *Jasón* y se explicarán cosas que, de otro modo, parecerían incomprensibles; el mismo estilo de su vida.

Durante muchos meses vivía en cama, en sueño. Indagaba allí los signos que le dieran un indicio, una ruta. Y salía a la calle a buscar febrilmente la Ciudad. Se detenía ante obstáculos invisibles para los demás, o franqueaba un foso de otro mundo. Muchas veces nos invitó a ir con él, a entrar en un recinto que había descubierto, pero que sólo él podía contemplar.

Pasaron meses antes de que volviéramos al Círculo, tal vez años, quién sabe si sólo horas. El tiempo se hacía relativo en su intensidad de sueño.

El primero en retornar fue *Jasón*. Traía una descripción de la Ciudad. En casos como éste, el Maestro nos permitía asistir como oyentes. Porque si no, ¿cómo podría construirse el Círculo?

## *Jasón Habla de la Ciudad*

*La Ciudad se llamaba Lamella —empezó diciendo—, y Lamella era Dodona. Allí se encuentra ahora el Vellocino de Oro. Pero la Ciudad está también enferma. La población anda con máscaras. ¿Qué aspecto presenta hoy la Ciudad? Está enclavada como cualquier otra. Aquel día era el indicado. ¡Ah, aquella Ciudad tenía un alma! La sentían todos suspirar, alentar, latir, jadear. Inconscientemente, le había ido transmitiendo cada uno su alma. Entré a esa Ciudad eligiendo una máscara, una que no estaba de moda. Por ello, todos me miraban asombrados. Algunos llevaban máscaras de ceremonias, máscaras dolorosas. Anduve mucho, hasta llegar a la Plaza Central. Aquí me encontré rendido pues, por primera vez en muchos años, andaba a pie; a pie, como los primeros caminantes y como los últimos mendigos. Un grupo de gente me rodeó. Cuando les miré, comenzaron a conversar, a interrogarme. No les contesté. Se cerró más su círculo. Luego, hablaron casi todos al mismo tiempo, atropelladamente. Permanecí contemplándolos, mudo. Pronto, ellos gesticularon y sus voces se fueron haciendo*

más roncas. Continuaban interrogándome y hasta quizás si me hacían cargos. Pero, en un momento dado, me erguí, les miré de uno en uno y les mostré mis manos. Entonces, todos permanecieron en silencio.

Atardecía. El sol, rojo-tibio, se pegaba como un perro a las casas, las lamía. Era una luz molesta, deprimente. Los transeúntes pasaban lentos y silenciosos. Yo también iba encerrado en mí mismo, preocupado. Llegué a la casa. Igual que siempre, permanecía cerrada.

Dentro se hallaban todos reunidos; me esperaban. Alguien hizo la señal y se juntaron en torno a la gran mesa. Discutieron, terminaron por hablar desordenadamente. La palabra estaba en el centro de la mesa, horriblemente viva. La palabra nos había helado, nos consumía. Vino un gran silencio y, de pronto, se oyó una risa aguda. La temían todos. Surgió un fatal contagio. Y los que observaban, se arrancaron violentamente las máscaras. Conservé la mía, con una tristeza serena. Retrocedí hasta un rincón. Una mujer saltó bruscamente sobre un trípode. La cara desnuda. Comenzó a gritar y a gesticular, invitándonos al final, a la consumación. Aceptaron. Bajó la mujer del trípode y frenéticamente rompió sus vestiduras. Los demás la exhortaban. Quedó desnuda y huyó a ocultarse detrás de las cortinas. Un instante después, la tela roja se descorrió.

Allí estaba la mujer, con el Gesto.

Ya no quedaba nada que esperar. No pude aceptarlo y me acerqué a la puerta. Al verme, me entonaron la canción de los sepultureros. Pero quedaron

*pronto mudos y ocuparon cada uno una silla blanda. Les llamé. No me contestaron. No había más que esperar. El sol moría en el ocaso, con una lentitud sonámbula. Huí. Al pasar, todos me tendían los brazos. Cada vez corría más rápido. Las hileras de casas escapaban también, vertiginosas. Por fin, llegué a las afueras. Divisé una prominencia del terreno. Aquel sería mi palco. Era la antigua piedra blanca, patriarcal, que quedaba a la orilla de la Ciudad. Entonces, se apoderó de mí un letargo suave. Sentí los párpados pesados. Comprendí. No podría moverme. No lo deseaba, tampoco, desde que allí me senté. Miré la Ciudad. Densas nubes comenzaron a rodearla. Letargo. La sensación era como la introducción al sueño. Sueño. Dejé caer los pesados párpados. Desde la Ciudad llegaban hasta mí unas voces que me llamaban todavía por mi nombre, debilitadas, febles...*

*Jasón terminó su descripción. Y el Maestro dijo:*

*«Sí, la Ciudad es dulce como una madre y también atroz, como una pesadilla, como las Parcas...».*

## *También Hablo de la Ciudad*

**B**uscaba por mi cuenta, a menudo solo, o con un amigo. Sin ponernos de acuerdo, hubo tardes, noches o mañanas, en que nos hallábamos en una esquina, en un parque, en un cerro o en una plaza, concentrados, tensos, disputándonos una sombra, un indicio. Nos reconocíamos a veces, las menos; entonces, nos sonreíamos; pero lo más a menudo ni siquiera nos mirábamos. Podríamos haber entrado en la Ciudad por la misma puerta, al mismo tiempo y no saberlo nunca.

Una noche, me encontré de improviso en una zona que me era totalmente desconocida, una callejuela solitaria, con faroles inclinados y mortecinos. Todas sus casas eran asimétricas, sosteniendo balcones en precario equilibrio, semejantes a esas escalas que cuelgan de los costados de los barcos. Al final de la calleja se adivinaba una salida muy estrecha, casi infranqueable, junto a la cual se levantaba una torre con un reloj pintado.

Sin quererlo, empecé a caminar en puntillas, para no hacer ruido. Pero tal vez alguien me oyó; se abrió una puerta, asomando una mano muy blanca que esparció en la calle un

perfume cálido. Una mujer joven se recortó en el dintel. No me vio. Levantando su rostro hacia la torre, dijo: «Llueve. ¿Quién entrará en el Círculo esta noche?». Pero no llovía, la noche era tibia. Me acerqué hasta ella, siempre en puntillas, y le pedí: «Por favor, déjame entrar». Sonrió, aunque sin verme. Me tomó una mano y la apoyó sobre su pecho. Desde el interior del cuarto se aproximó una mujer voluminosa, con las piernas envueltas en polainas de papel. Contempló a la joven sin decir nada. Venía acompañada de un perro blanco que se abalanzó sobre mí para impedirme entrar. Luché con él hasta lograr dominarlo.

Esa noche recliné mi cabeza en los pechos de aquella muchacha, mi cabeza y mi vida entera, preguntándole por la Ciudad con todo el ser.

~ ~ ~

Y fue de esto de lo que hablé en el Círculo. Confesé mi error, mi equivocación. En el cuerpo tembloroso, con apariencia de divina locura, no estaba la Ciudad. Mi fervorosa juventud había buscado aquella noche por los contornos de aquel cuerpo de mujer, deteniéndose en cada una de sus esquinas, junto a sus pies, abrazado a las columnas de sus piernas, arrastrándome por los suaves sembrados, ascendiendo sus cordilleras, sostenido por sus brazos, mientras bebía en sus labios el licor de un fruto que ha madurado demasiado pronto. Pero sus ojos no me vieron, perdidos en una lluvia imaginaria.

«¿Por qué —pregunté al Maestro—, cuando yo me puse totalmente a la aventura y forcé las entradas de esa fortaleza; por qué no encontré la Ciudad, si tú nos has dicho que está

en todas partes, en todo ser vivo, en toda mujer, en todo hombre? Ella me dejó entrar, es cierto; también, el ama vieja que la cuidaba y que nos contempló hacernos el amor, sin quitarse sus polainas de papel».

El Maestro me interrumpió:

«¿Y qué te dijo el perro blanco?».

Recordé, sorprendido:

«El perro blanco quiso impedirme la entrada».

«Debiste obedecerle, porque el perro es también la Ciudad. Es él quien conoce mejor su derrotero. Su olfato es infalible; es el mejor guía. Además, es leal hasta la muerte».

Hizo una pausa, y terminó:

«Pero estás aquí para describirme la Ciudad. Aun cuando creas no haberla visto nunca, tú la conoces. Dinos, ¿cómo es?».

«La Ciudad es como una flor de papel pintado», exclamé.

## *Jasón Parte a la Ciudad*

**D**e pronto, *Jasón* dejó de asistir al Círculo; mejor dicho, dejó de trazarlo con los ojos cerrados sobre una mesa de los suburbios. Esto me produjo un gran trastorno, ya que tampoco pude seguir yendo, pues, para que haya un Círculo tendrá que existir una circunferencia formada por más de uno. No basta con el Centro. En aquellos tiempos, yo no estaba aún lo suficientemente preparado como para reemplazarlos a todos; o bien, no conocía que mi soledad era tal como para hallarme en condiciones de formar solo una circunferencia.

*Jasón* viajó a Valparaíso y, por varios meses, dejé de verle. Sospeché que habría adquirido una certeza o encontrado un dato precioso, en algún viejo infolio, algún mapa con revelaciones de la Ciudad o quizás sobre el Caleuche. Si así no fuere, ¿por qué ese viaje repentino al puerto de leyenda, en donde sabemos que existen marineros que guardan un secreto, dueños de cantinas y tugurios que no envejecen desde hace un siglo; antiguas firmas inglesas, holandesas y alemanas que jamás abren sus puertas de día, que han liquidado sus negocios hace cincuenta años y que aún trabajan de noche,

encendiendo viejas lámparas de gas y donde un ejército de oficinistas, muerto hace mucho tiempo, vuelve a inclinarse sobre las mesas y los papeles, mientras sombras cargan bultos hacia un puerto defendido por la niebla? «¡Ah, es el Caleuche —pensé—; *Jasón* se va a embarcar!».

Y así fue. A su regreso, era otro. Traía los ojos sombríos y una pequeña cajita labrada en épocas remotas, de la que, de tanto en tanto, sorbía unos polvos azules. Se echó a la cama y ya no quiso ver más la luz del sol.

*Ahora pertenezco a la luna —me dijo—; me acerco a la tierra de los Gigantes... ¿Sabes cómo se logra esto? No con el cuerpo físico, sino con su sombra, con el ave que tenemos dentro y que los selknam llamaban Huaiyuhuen; con las alas de los Ángeles de Tihuanacu. He llegado a saber que a la Ciudad de los Césares no se puede penetrar con el cuerpo de una época empobrecida, sino con el otro. Los habitantes de la Ciudad viven con este último y se proyectan por el mundo, pudiendo atravesar todos sus muros. Con él pueden visitar ciudades que existen en otros astros. También he aprendido a hacerlo y ahora vivo más allá que aquí. Si tú lo deseas, te enseñaré la técnica... Se encuentra en esta cajita labrada en un tiempo tormentoso...*

*Jasón* ya no se vistió más como nosotros. En sus escasas salidas usaba ropajes de otras épocas, túnicas griegas, mantos egipcios, armaduras de conquistadores, diademas de inca, o uniforme de guerrillero español. Pero la gente no le veía. A fuerza de ser tan raro, tan diferente, se había hecho invisible.

encendiendo viejas lámparas de gas y donde un ejército de oficinistas, muerto hace mucho tiempo, vuelve a inclinarse sobre las mesas y los papeles, mientras sombras cargan bultos hacia un puerto defendido por la niebla? «¡Ah, es el Caleuche —pensé—; *Jasón* se va a embarcar!».

Y así fue. A su regreso, era otro. Traía los ojos sombríos y una pequeña cajita labrada en épocas remotas, de la que, de tanto en tanto, sorbía unos polvos azules. Se echó a la cama y ya no quiso ver más la luz del sol.

*Ahora pertenezco a la luna —me dijo—; me acerco a la tierra de los Gigantes... ¿Sabes cómo se logra esto? No con el cuerpo físico, sino con su sombra, con el ave que tenemos dentro y que los selknam llamaban Huaiyuhuen; con las alas de los Ángeles de Tihuanacu. He llegado a saber que a la Ciudad de los Césares no se puede penetrar con el cuerpo de una época empobrecida, sino con el otro. Los habitantes de la Ciudad viven con este último y se proyectan por el mundo, pudiendo atravesar todos sus muros. Con él pueden visitar ciudades que existen en otros astros. También he aprendido a hacerlo y ahora vivo más allá que aquí. Si tú lo deseas, te enseñaré la técnica... Se encuentra en esta cajita labrada en un tiempo tormentoso...*

*Jasón* ya no se vistió más como nosotros. En sus escasas salidas usaba ropajes de otras épocas, túnicas griegas, mantos egipcios, armaduras de conquistadores, diademas de inca, o uniforme de guerrillero español. Pero la gente no le veía. A fuerza de ser tan raro, tan diferente, se había hecho invisible.



Entonces, *Jasón* me invitó a lo que él llamara su “fiesta de despedida”.

*Debo partir –me confesó–, pero no soy yo quien pueda decidirlo. Así es la ley del Gran Juego; deberá ser librado a la suerte, al Destino. Es lo que haremos. Y serás tú quien decida si debo partir o quedarme. Vamos a jugarnos mi partida. Si gano, yo decido. Si ganas tú, tendrás el derecho a impedirme marchar. He consultado al I Ching y su palabra me ha sido favorable. Mas, ahora debemos confirmarlo con el juego de los Porotos Pallares. Veremos qué dicen los incas, qué dice Tihuanacu.*

Empezamos a jugar, encerrados en una estancia de grandes espejos. A la manera hindú, con las piernas cruzadas, nos sentamos en el suelo y allí estuvimos celebrando por horas el rito de la despedida. Cambiamos pronto de posición para

imitar las figuras litúrgicas de un antiguo vaso de Mochica, cuyo original manteníamos a nuestra vista. Los porotos se hallaban pintados de colores mágicos, con una tintura especial destinada a producir una reacción secreta en la mente. Bebimos un poco de “soma” y recomenzamos tres veces cuatro el divino juego de la “Apaitalla”, combinado con ese otro infantil de la “Pallalla”.

*Jasón* hizo el signo enseñado por el Maestro, con el cual se iniciaba el canto araucano llamado “Auarcudeue-ul”, que entonamos a dos voces.

*Jasón* ganó, como tenía que suceder, como estaba escrito en el *I Ching*. Miré profundamente en sus ojos afiebrados, dolorosos, sonrientes, y quise abrazarle; pero tocarle en ese instante habría significado también morir. Nos rodeaban “fantasmas con cara de palo”, como las esculturas sangrientas de Rapa-Nui.

*Elegiré el modo de partir —dijo con voz llena de ternura—. Escogeré el vehículo que me lleve. Tú conoces, deberá ser como en los antiguos tiempos, cuando existía una gloria para el hombre, cuando los hombres eran menos y, por lo tanto, se les recordaba. Habrá sangre en mi partida, “porque el color de la sangre es rojo, tan intensamente rojo; porque el color de la sangre no se olvida”.*

## *Premonición de los Hielos*

**S**obre un témpano a la deriva navega una flor roja. Es un copihue, una campánula de sangre. A medida que descien- de hacia el sur, siempre más al sur, como llevado por una co- rriente invisible, su color cambia, transformándose en un copi- hue blanco. Manos invisibles bajo el agua gobiernan el témpano, que va siendo devastado. Así llega a la morada de los hielos eternos, a una región perdida, a un Oasis de aguas templadas donde la flor se deposita suavemente al pie de un manzano que alguien plantó junto a un remo y a un antiguo navío aban- donado. La flor se petrifica, se hace eterna, celebrando el día inmóvil de una congregación de jóvenes inmortales.

~ ~ ~

Tuve muchos altos y bajos, días buenos y malos, fluc- tuando entre el desaliento y una alegría inexplicable que me hacía proferir voces sin sentido. Entonces, me echaba a la es- palda un saco andino, y partía a recorrer las montañas de mi patria, siguiendo un rumbo trazado en los sueños.

Porque en esos días soñé mucho, raros sueños. A veces, me encontraba en la Ciudad, caminaba por sus calles solitarias.

Sus casas estaban vacías. El viento cimbraba los olmos, las hayas, los alerces. Me detenía en una plaza a mirar las fuentes herrumbrosas, ventanas a medio abrir, portalones carcomidos. Una voz me decía: «Apresúrate, no sea que cuando tú llegues, Él haya partido...».

En una ocasión, me vi en el centro del cráter de un volcán apagado, donde surgía un riachuelo. La visión del agua me produjo gran felicidad, porque la Voz también me explicó: «La verdadera agua es la que mana del centro del cráter de un volcán».

Otra vez me pareció divisar la Ciudad. Estaba en medio de los montes y era de piedra, con grandes bloques tallados, semejando perfiles de dioses y de héroes. Se encontraba en un punto de las altas cumbres andinas. Las montañas ocultaban rostros bajo sus nieves, esculturas vivas. Y alguien me decía: «Todo esto queda mucho más al sur, en los extremos del mundo».

Vi entonces una playa solitaria y allí unos pájaros de pecho rojo. El horizonte se encendió, mientras una flota de témpanos como veleros, galeones, caballos marinos, empezó a moverse. Todo acompañado por un gran silencio y un clima de transparencia veloz.

Una noche, junto a mi lecho, apareció la sombra de un gigante con pieles, que me contempló con una fijeza no exenta de ironía. «Tú llegarás –me dijo–. Tú vendrás hasta aquí...».

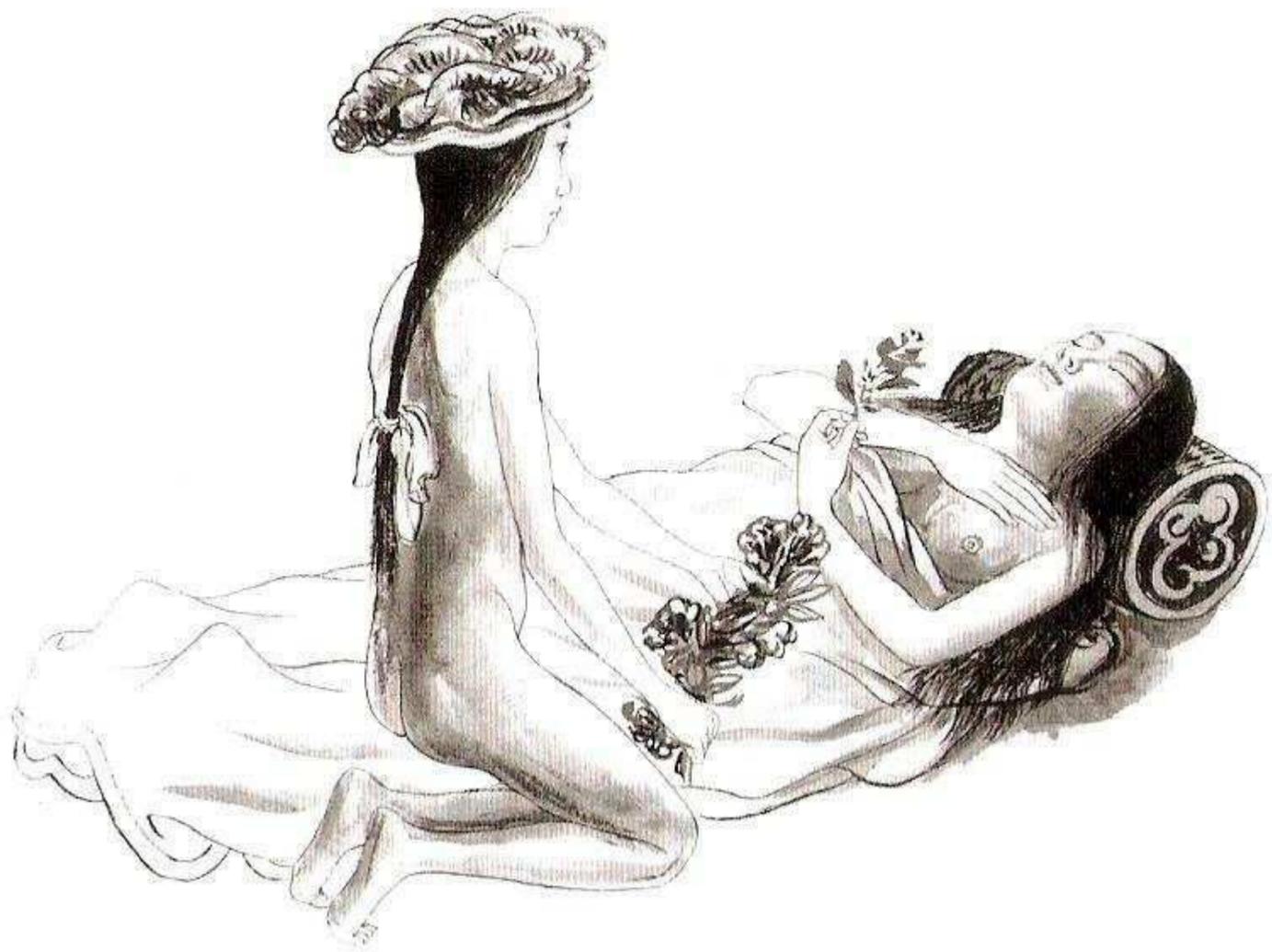
Desperté con una sensación de temor. En el cielo del amanecer brillaba el lucero del alba.

Comprendí que mi búsqueda debía extenderse hacia los extremos del mundo, más al sur, siempre más al sur, hasta alcanzar a esos Oasis de aguas templadas que existen en el Polo y adonde con seguridad llega el Caleuche, navegando por debajo del escudo de los hielos eternos. Quizás allí estuviese la Ciudad...

En mi peregrinaje hacia los hielos me guió un perro. Escuchaba su aullido entre los icebergs. Mi perro se perdió en las nieves; tal vez cruzara las grandes barreras. Tal vez aullara desde el Oasis, desde la Ciudad. Pero no tuve el valor de seguirlo; porque aún no estaba preparado. Aún no había encontrado a la *Reina*...

Parte II

*Papán*



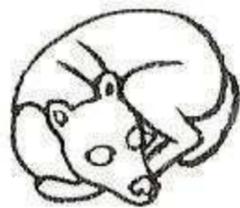
**L**a Princesa *Papán* tenía frío, y estaba muerta. *Papán* era hermana de *Moctezuma*, el rey azteca de la ciudad de Tenochtitlán. Lejos estaban los años de los toltecas y los mayas. Lejos los tiempos de *Quetzalcoatl*, el dios blanco de los mejicanos, que predicara un evangelio de amor, de ofrendas florales y de frutas para los altares del sol; no de corazones destrozados, tan grato a los aztecas. Como los gigantes de Tihuanacu, también *Quetzalcoatl* tuvo alas. Se le conoce, por ello, como la Serpiente Alada. Triste, abandonaría la tierra azteca, perdiéndose en su barco con alas, en dirección a otros mundos. Aseguró que volvería, y los aztecas esperaban su retorno. Lo esperaba, sobre todo, la Princesa *Papán*.

Mas, *Papán* murió una tarde, en las afueras de Tenochtitlán. Quedóse fría, helada hasta los huesos. ¿Por qué no la enterraron? ¿Lo impidió acaso *Quetzalcoatl*? La mantuvieron sobre su lecho hasta que resucitó. *Moctezuma*, su hermano, fue a verla. Se sentó junto a ella, sintiendo que el frío le alcanzaba, que el hielo también le paralizaba el corazón. Y tuvo miedo cuando *Papán* comenzó a hablar.

Le relató las visiones de su muerte. Ella había visto el retorno de *Quetzalcoatl*. El dios volvía en una “casa flotante” acompañado por hombres blancos y barbados. *Papán* pidió a su hermano que no le combatiera.

¿Se equivocó *Papán* en sus visiones? Quien vino no fue *Quetzalcoatl*, sino *Hernán Cortés*, blanco y con barbas, en una “casa sobre el mar”. Se aprovechó de esas visiones para derrumbar un imperio.

Fueron, así, las visiones de *Papán* las que destruyeron al imperio azteca. Tal vez ella lo quiso, para dar vida a un nuevo mundo. O tal vez lo quiso *Quetzalcoatl*.



## *El Regreso de Papán*

**P**ertenecía a otro Círculo y también tenía una Ciudad. El nombre de su ciudad era Agharti y se encontraba en los Himalayas. En el fondo, es lo mismo.

Vivía sobre un lecho para contemplar en reposo la Ciudad. Por esto comprendí que era de nuevo *Papán*.

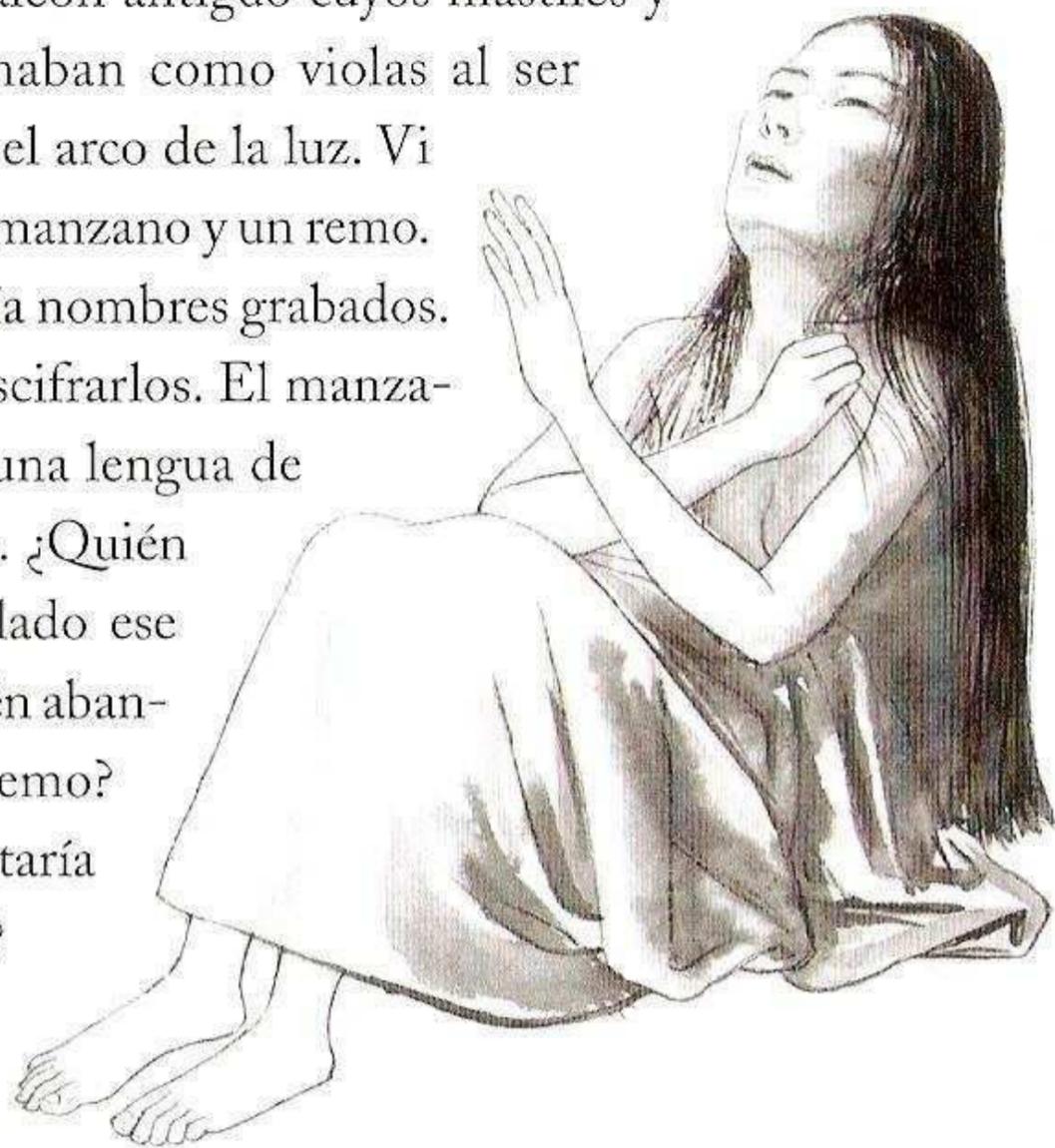
Me senté junto a una ventana abierta al sol del mediodía y empecé mi relato. Le conté del Círculo, de mi amigo desaparecido y, sobre todo, de la flor de mi infancia. Al hacerlo, descubrí, sorprendido, que las lágrimas corrían por mi rostro. Hice un esfuerzo y cambié de tema. Saqué de mi bolsillo una vieja carta del mundo que llevaba conmigo desde mi viaje a los extremos del sur y la desplegué sobre su lecho. Era el mapa antártico de *Cosme Indicopleustes*. En él se traza la tierra actual, rodeada por otra, a la cual se une por un río.

*Tal vez sea la Otra Tierra de que habló Platón —dije—. El río puede ser el mismo que Dante viera en el infierno y que sale por el Polo, donde se encuentra la Colina del Paraíso. Los navegantes españoles creyeron ver este río en el Amazonas. Aquí, en América, se afirmaba la*

*existencia de un árbol, un enorme ceibo, que alcanzaba con sus ramas el cielo. Había que escalarlo desde sus mismas raíces, las cuales, de cierto, deben hallarse en el infierno. Desconozco en qué punto me encuentro ahora, si a mitad del tronco o todavía en las raíces... Volviendo al mapa de Indicopleustes, me parece que mi Ciudad y la tuya deberán encontrarse en "esa otra tierra". Pero, ¿cómo llegar? ¿Dónde hallar el río?*

Ella callaba. Sabía escuchar como el agua, los objetos, los anillos o las joyas. Me invitaba así a hablar, a contarle todo.

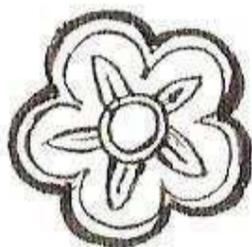
Recordé a *Pedro Sarmiento de Gamboa* y su Ciudad del Estrecho. Le describí mi viaje por los hielos y cómo, en medio de cumbres convulsas, envueltas en pulsaciones de luz, en una luz que murmura, que cruje, luz en movimiento, encontré un galeón antiguo cuyos mástiles y cordajes sonaban como violas al ser tocados por el arco de la luz. Vi también un manzano y un remo. El remo tenía nombres grabados. No pude descifrarlos. El manzano hablaba una lengua de otras edades. ¿Quién habría tripulado ese barco? ¿Quién abandonaría el remo? ¿Quién plantaría el manzano?



Le hablé, además, del perro y de cómo me guió hasta ese barco y luego a un abismo sin fondo, incitándome a arrojarme en él, porque abajo, de seguro, se hallaba la Ciudad.

Ella, sin moverse, sin hacer un gesto, me dio la sensación de que pasaba su mano por mi frente. Fue una ilusión. Pero tal vez lo hiciera con el pensamiento. Sus dos manos quietas, suaves, permanecían sobre las sábanas del lecho.

Entonces, *Papán* habló por primera vez. Me narró una historia que se cuenta en su ciudad de Agharti.



## *Un Perro en el Cielo*

*En la gran batalla del Mahabharata, librada en las planicies de Kuruchetra, y emprendida nadie sabe cuándo, para ganar la posesión de la ciudad de Hasti-Napura, todos los héroes de la raza lunar fueron destruidos, incluso Krishna. El rey de los Pandavas, Yudhi-Shthira, abdicó su trono por no haber podido olvidar tanta desgracia. Con sus cinco hermanos, entre ellos el héroe Arjuna, partió en busca del cielo de Indra. Los acompañaba la amada de Arjuna y un perro de la ciudad de Hasti-Napura.*

*La peregrinación se cumple a través de montes y espesuras, valles y desiertos. Uno a uno, los Pandavas van cayendo. Sus propios defectos y debilidades les abaten. La primera en caer es la mujer, porque "muy grande era su amor por Arjuna". Luego, aquel que no estimaba a nadie sino a sí mismo, se consideraba el más bello de todos y maldecía a sus enemigos con la mirada. Cuando llegó el turno de Arjuna, también él cayó, porque se habíapreciado de destruir en un día a todos sus*

*enemigos, cosa que no logró jamás. Sólo Judhi-Shthira llega al trono de Indra, con su perro.*

*El dios Indra le invitó a entrar al cielo. Pero Judhi-Shthira quiso saber si sus hermanos serían también aceptados en él. Indra le aseguró que ya estaban dentro, aun cuando sin sus cuerpos. Él, en cambio, podría entrar en cuerpo y alma. Y Judhi-Shthira se niega a entrar si Indra no permite que le acompañe su fiel perro. Porque Judhi-Shthira no abandonará a su perro de la ciudad de Hasti-Napura, que ha llegado con él hasta las puertas del cielo, tras largo caminar.*

*Indra acepta. Y, desde entonces, hay en el cielo un perro de la ciudad de Hasti-Napura...*

*Ya ves –me decía Papán–, tú también podrás entrar con tu perro, porque tu perro no ha muerto; está en ti, en tu cuerpo resucitado. Realmente, el cuerpo es el perro. ¿No lo sabías? ¿No sabías tú que el cuerpo es el fiel perro, el que te indica el camino del cielo, el que te lleva a la Ciudad, el que aúlla en las estepas, el que te es fiel hasta la muerte?*

## *Las Visiones de Papán*

**A**hora tenía que aprender a escuchar, pues comprendí que habían comenzado las visiones de *Papán*.

*Papán* vivía en sueños, pero dentro de un sueño intensamente despierto, porque el camino de su iniciación consistía en “despertar”, “estar alerta”, siempre “despierta”, cada vez más. *Papán* tenía ojos que miraban dentro de su sueño despierto. Miraba de este modo sólo de tarde en tarde, como obedeciendo una orden, que muy posiblemente ella misma ignoraba. *Papán* “miraba” sin saberlo. Un profundo trastorno, imperceptible al comienzo, se operaba al contacto con esa mirada.

Tras la historia del perro de Hasti-Napura, *Papán* me habló largo de la tierra en donde se hallaba la ciudad de Agharti. De un mundo del que ya no quedan trazos visibles, sino sombras; del mundo preario, del que conoció a *Siva* como a su rey; al hombre dios.

*Todo lo que hoy se nos enseña —me dijo— en tu Círculo y en el mío, es un pálido reflejo de una ciencia que una vez fuera común para los Señores de esta tierra, los Gigantes*

*de la Luna, uno de los cuales fue Siva. Esa ciencia les permitió volar, viajar a otros mundos. Ubicuos, podían habitarlos todos a la vez. Tenían el poder de variar el curso de los astros, darles forma y existencia. Sus conocimientos se han perdido, tal vez en una Guerra cósmica, y apenas si de ellos nos quedan los fragmentos. Estamos tratando de armar un rompecabezas imposible. Por ello hasta el mismo I Ching nos es desconocido y el juego con los Porotos Pallares nos parece infantil. Los resultados son inciertos, a menudo falsos, influenciados por nuestra propia imaginación. Se han perdido las claves que los hacían infalibles. Nuestro ser es otro, hecho diferente por la catástrofe y la radiación maligna; somos una raza sin esperanza, un producto que evolucionó dentro de leyes ciegas, alteradas, que ya nadie dirige, pues han desaparecido los Señores que las crearan. Algo se podrá encontrar, sin embargo, en tu Ciudad... ¿Cómo se llama...? ¿Shampullah?*

«No... de los Césares», dije, un tanto turbado al oír ese nombre.

*... O en mi Agharti. Pero tendremos que encontrarla, llegar allí. En nuestra actual condición, es casi una locura pretenderlo. A menudo acarrea nuestra destrucción y la de quienes nos rodean.*

«Papán, háblame de ese mundo anterior a los arios, de esa región oscura».

Y Papán me recitó trozos de poemas de lengua tan desconocida como la de las “tablillas parlantes” de Rapa-Nui.

Los textos habían sido encontrados en una ciudad llamada Nandur, o Ciudad del Cangrejo, donde reinó un ser de nombre el *Pez de Tres Ojos*, el *Sembrador del Cangrejo* o el *Sembrador de la Ciudad de Nandur*.

*Papán* decía:

*Nan rururu Tuku Karamugil | Urueli orur Edu etu ru  
uyarel | Ir ar ire per Kadavul.*

O sea: «El dios verde, quien posee los dos senderos | del alto sol sonoro | está llegando afuera al año de Orur | al país de las nubes de la lluvia | a la aproximante escala del sonoro trueno».

Y agregaba:

*El culto consistía en meditar en el pez de tres ojos, o en un árbol. El árbol y el sol son Uno, se decía, o bien: «En la Casa del gran Pez, medita el Tres Ojos. El ojo de pez, a quien el hombre con cuernos teme. Cuando el pez alcanza al cangrejo, medita en el Tres Ojos. El adorado Tres Ojos, en quien la Cuarta Estrella nace».*

*Hay una Estrella –continuaba Papán–. Te hablaré de ella más adelante. Es nuestra Estrella. La alcanzan a percibir los Caminantes de la Aurora, los Vigilantes del Alba, los Peregrinos Eternos, los que tienen tres ojos. En la Estrella se encuentra el Anciano de los Días.*

~ ~ ~

Imploro a *Papán* que me hable de la Estrella.

*Antes tendrás tú que contarme del amor. ¿Has conocido el amor?*

«He buscado la Ciudad en el cuerpo de las mujeres —respondo—. Los he recorrido como caminos, como países. Recuerdo a una mujer que tenía el rostro de loca o de santa. La guardaba una anciana con polainas de papel. Ambos pertenecíamos a distintos signos. No pudimos alcanzarnos. Creo que nos hicimos daño sin saberlo, dándonos señas falsas de la Ciudad, confundiendo los rumbos».

*¿Quién era ella? ¿Te acuerdas de su nombre?*

«Desconozco los nombres y no sé nada, absolutamente nada, de las mujeres a quienes he amado».

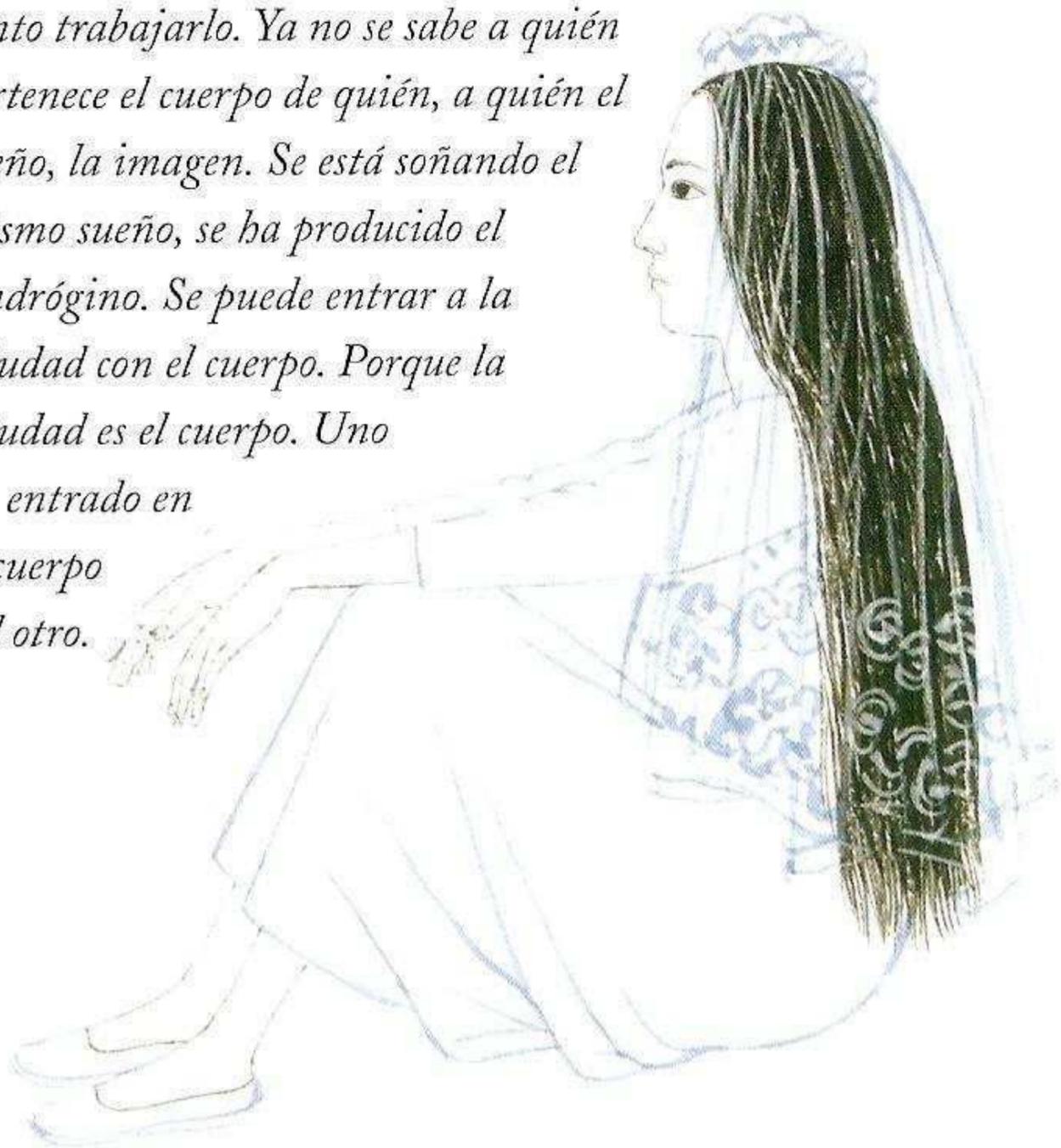
*Es que no has amado. Amor es conocimiento. También debe ser crimen, muerte, entierro y resurrección. ¿Cómo puedes poseer totalmente un cuerpo de mujer, sin antes haberlo muerto? ¿Cómo puedes penetrar una ciudad amurallada, sin haberla sitiado hasta que sus moradores mueran de hambre y sed? El amor verdadero está ya olvidado, pero se conoció bien en la ciudad de Nandur. Es algo del Tres Ojos y también del Dios Verde, del Año de Orur. Es una alquimia secreta, de la que nace la Estrella Hermafrodita, el Astro de Él-Ella. ¿Has pensado que es imposible fundirse totalmente con el ser amado, aun cuando se esté en un mismo lecho? ¿Qué es lo que separa? Un hilo de aire endurecido, una grieta transparente: el sueño. ¿Pueden, acaso, los amantes soñar*

*el mismo sueño? Dímelo tú, ¿has soñado alguna vez el mismo sueño de tu amada? Cuando lo consigas, ya serás la Estrella de Él-Ella, el Lucero del Alba.*

Por esos días comencé, sin darme cuenta, a soñar los mismos sueños de *Papán*, a tener sus mismas visiones. Cuando llegaba a su cuarto, ya no hablaba. Me sentaba junto a la ventana y, en silencio, dejaba que las visiones me inundaran, seguro de que ella las percibía idénticas, mientras sus ojos miraban a través de mí, como si yo fuera esa ventana.

A veces ella volvía a hablar:

*Se produce un cambio en las sustancias corporales, se traspasan sustancias, se cansa el metal de tanto trabajarlo. Ya no se sabe a quién pertenece el cuerpo de quién, a quién el sueño, la imagen. Se está soñando el mismo sueño, se ha producido el Andrógino. Se puede entrar a la Ciudad con el cuerpo. Porque la Ciudad es el cuerpo. Uno ha entrado en el cuerpo del otro.*



*Yo entraré en tu cuerpo. El asesinado se entierra en el cuerpo del asesino, que es su mortaja. No hace falta ya el amor físico, porque esto es más que aquello. Aun cuando el amor físico pueda también cumplirse, realizarse casi inconscientemente, como en sueños. Pero ahora empalidece ante esta nueva posesión, esta unidad. Te aseguro que cada vez menos se necesitará el amor físico para consumir el amor verdadero. Se hará necesario el cuerpo, sí, como un féretro donde se entierra el amor, como una retorta donde se mezclan las sustancias, como un templo donde se celebra la ceremonia de una boda. Es el Matrimonio Prohibido, Secreto. El cuerpo de la mujer no es ya para profanarlo en el contacto que engendra hijos de la carne, hijos de la muerte. Yo te daré los hijos de la Vida, que son el producto de la Muerte. Te daré el Andrógino, la Estrella de Él-Ella. El rito no se cumple totalmente aquí, sino en la Estrella. Y, ¿sabes cuál es la Estrella? Es el Lucero del Alba, la Estrella de la Mañana, la que deja caer su luz honda, estremecida, sobre nuestras cumbres. Allí se cumple la Boda, allí se realiza el sacrificio.*

Ahora comprendía bien las palabras del Maestro: «Sin una Reina no es posible entrar en la Ciudad». Ella nos lleva de la mano y nos abre los senderos. Pero me parece que aun el Maestro desconocía lo terrible que ahora estaba ocurriendo.

*Papán me escribió una carta en que me decía:*

*Quien ama da la eternidad a su amado, renuncia a ella, se la entrega para que él la alcance. Te escribo estas líneas*

*en la hora de las brujas. Me acerco al sacrificio, a la Boda. El amor es una esfera. No se lo puede abrazar totalmente. Para comprenderle, habría que verlo de una vez, desde todos sus lados, como lo hiciera el Pez de Tres Ojos, en la ciudad de Nandur. Yo haré que tú te quedes frío para siempre, como los hielos de tu Sur. Porque estaré enterrada en ti. Y ya no necesitarás más del sol externo, porque tendrás el Sol Blanco dentro.*

*Ven mañana para ponernos de acuerdo sobre la Boda. Conocerás a los testigos.*

~ ~ ~

Llegué a la hora señalada. Nuestros testigos eran tres figuras de madera roja de la isla de Rapa-Nui. *Papán* los contemplaba, levantada de su lecho y vestida con una túnica escarlata. Se sentó en mi sillón de la ventana y me indicó que me recostara en su lecho. Me presentó a los testigos. Uno era un pez alado; el otro, un hombre, y el tercero, un corazón. Los dos últimos también con alas. A cada uno le dio un nombre que me pidió olvidar. Me puso el corazón alado sobre el pecho:

*Este es el testigo principal —me explicó—. Hoy, en la mañana, me he desnudado ritualmente para vestir esta túnica. He contemplado mi cuerpo. Comprendo que para él no queda ya otro camino que el amor mágico, que su entrega en la muerte. Así se eternizará, siempre joven en tu recuerdo. ¿Te das cuenta de que ya eres un cementerio? ¿No has pensado en cuántos muertos llevas dentro, a cuántos sigues dando vida? Ahora me llevarás también a mí. Tendrás que llegar a la Ciudad, porque si no la*

*encuentras, si no creas una flor, entonces sí que nos  
habrás dado muerte a todos...*

~ ~ ~

El amor muere solo.

Llegué temprano, de amanecida. Y la encontré muerta sobre el lecho. La cubría una sábana blanca. Su pelo de oro viejo se extendía hasta su cintura. En sus manos cruzadas mantenía una pluma de quetzal.

«No te lamentes –me decía una voz–, no la perturbes, no la entristezcas en su caminar hacia una estrella, en su vuelo, en su viaje hacia ti mismo, en su Boda, en su Misa de Difuntos».

## *Pavana*

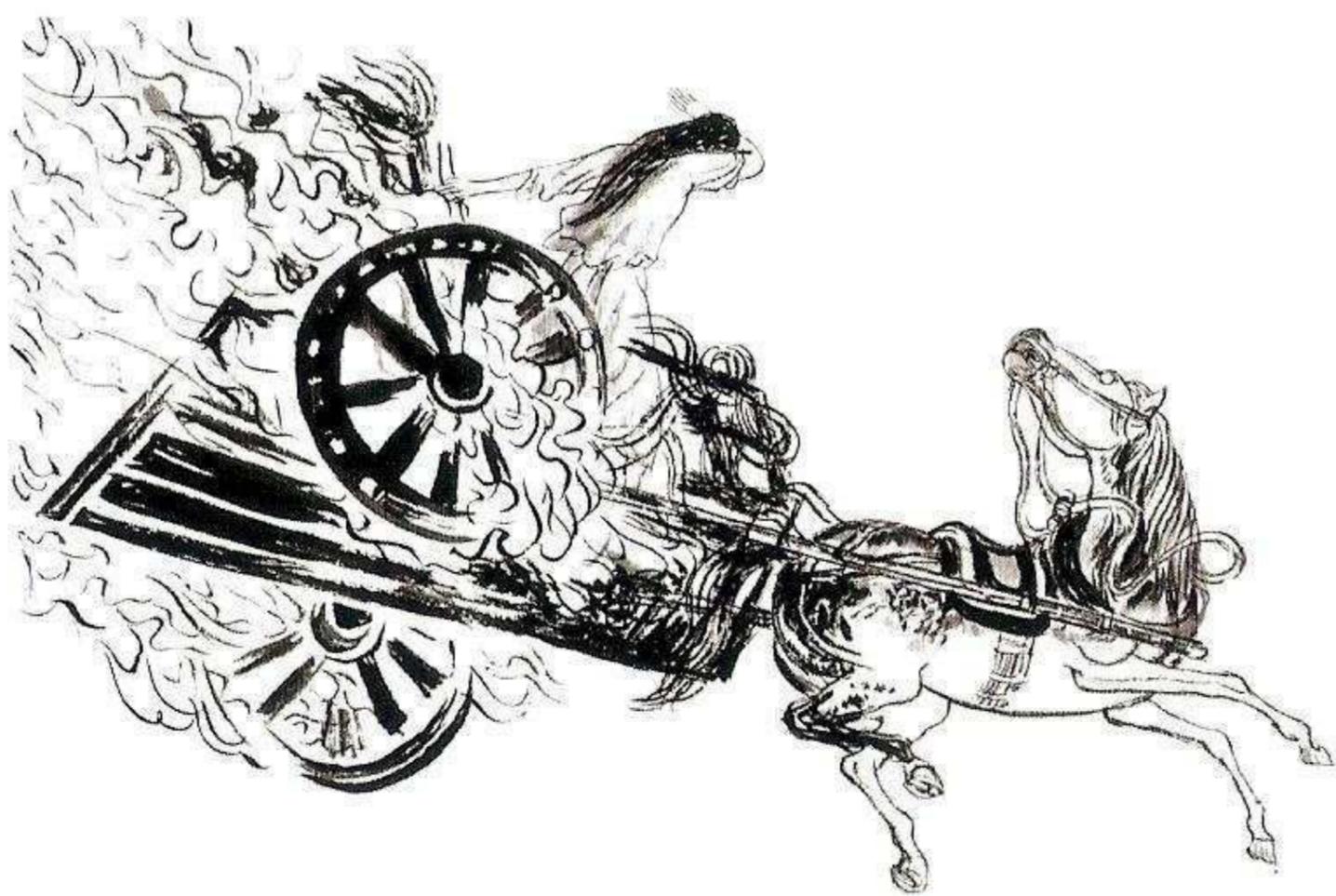
**E**n el centro del cuarto, sobre una mesa de madera, puse el cuerpo muerto de *Papán*, cubierto tan sólo con su manto. Sobre su rostro, un velo de novia.

Busqué un músico ciego, un araucano viejo, y lo llevé allí con su trutruca y su cultrún. Se acomodó en cuclillas en un rincón.

Largo rato hablé con el músico. Le conté la historia de la princesa azteca; le narré sus visiones, seguro de que el ciego me entendería, gracias a ese lazo subterráneo que une a toda la América precolombina, desde los toltecas y los mayas, hasta los selknam y los Gigantes de la Luna.

Mientras hablaba, el músico ciego dirigía su viejo rostro, su mirada seca, en dirección al cuerpo de *Papán*, como si allí surgiera una luz que también él percibía.

Luego, permanecimos en silencio; él acurrucado en su rincón y yo sobre un asiento. Hasta que, de pronto, emergieron las notas de la trutruca, el lamento de una música antigua, con sabor a roca y bosque primigenio, a civilizaciones



muertas, a mundos sumergidos. Dejó de sonar su trutruca y se oyó el fúnebre compás del cultrún, al mismo tiempo que el indio entonaba una melopea, con voz cansada y gutural, que venía desde muy lejos, de la antigua noche americana.

He aquí su canción:

*La Princesa Papán tenía frío. Era un frío de los huesos, frío del alma. Porque la Princesa Papán había muerto. Y después de morir, resucitó. Entonces, su hermano Moctezuma vino desde lejos, desde Tenochtitlán, la ciudad de los techos de oro. Se estuvo junto a su hermana, pero sin tocarla, pues tenía miedo de ese frío. De ese frío que estaba pasando a su corazón. Porque cuando una princesa muere, pasa entera al corazón de su hermano. Y ahí vive, ahí empieza a vivir su muerte. Y si ahora Papán resucitaba, temblando de frío, era nada más que por un corto tiempo y sólo para narrarle a su hermano las*

*visiones de su muerte. Visiones que, después de todo, él también ya conocía en lo hondo de su corazón.*

*Y Papán le habló de los Dioses Blancos:*

*Antaño, muy antaño, esos Dioses vivieron en los Oasis del Hielo. Después se fueron por las aguas y, a través de ellas, llegaron a este mundo.*

*¿Pero qué importa todo esto?*

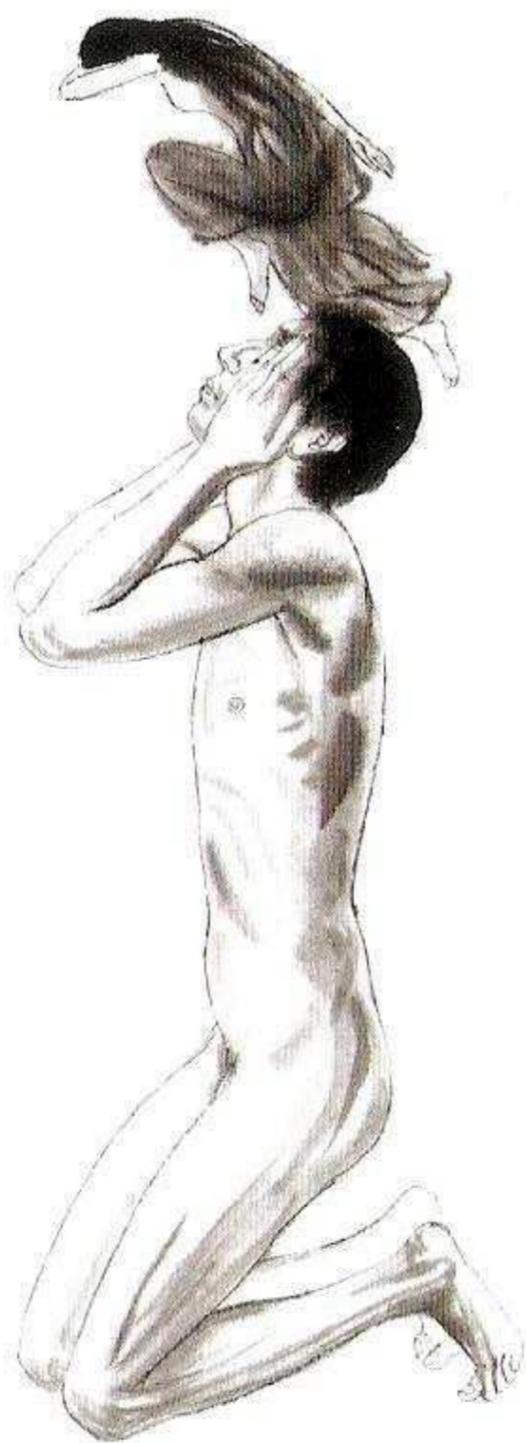
*Lo único que cuenta es el Oasis que cada uno lleva al centro del corazón. Un Oasis cálido, rodeado de hielo. Y es ahí donde caen los muertos, como las hojas de otoño. Ahí viven su muerte. Ahí perduran. Es por eso que Papán no podía continuar viva después de su resurrección. Ella conoció que el mundo estaba vacío. Que ya no había espacio, que su sitio se hallaba en el corazón de su hermano Moctezuma, donde el oro de Tenochtitlán reverberaba y el calor del hielo descubría la vida eterna.*

*Y es por eso que Papán volvió a morir.*

El viejo músico hace una pausa. Traga saliva. Parece no querer continuar. Sólo la trutruca desgrana ahora sus sonidos, en esta tarde llena de ecos. Tomo la palabra, sigo cantando yo, con una voz más baja, más entrecortada:

*¡Y cuántas veces ha muerto desde entonces! La última vez fue aquí, junto a mi corazón.*

*Yo no podía creerlo. Y fui también hasta su cuerpo muerto, rodeado de bucles de oro, como los techos de Tenochtitlán. Y besé sus labios muertos, y me quemé de frío. Sus visiones se me traspasaron. Y supe de los Dioses*



*Blancos y del dolor de caminar a través de las aguas que parten del lejano Paraíso.*

*Papán, mi hermana, estaba cubierta con un velo de novia. Ella se desposó en su muerte.*

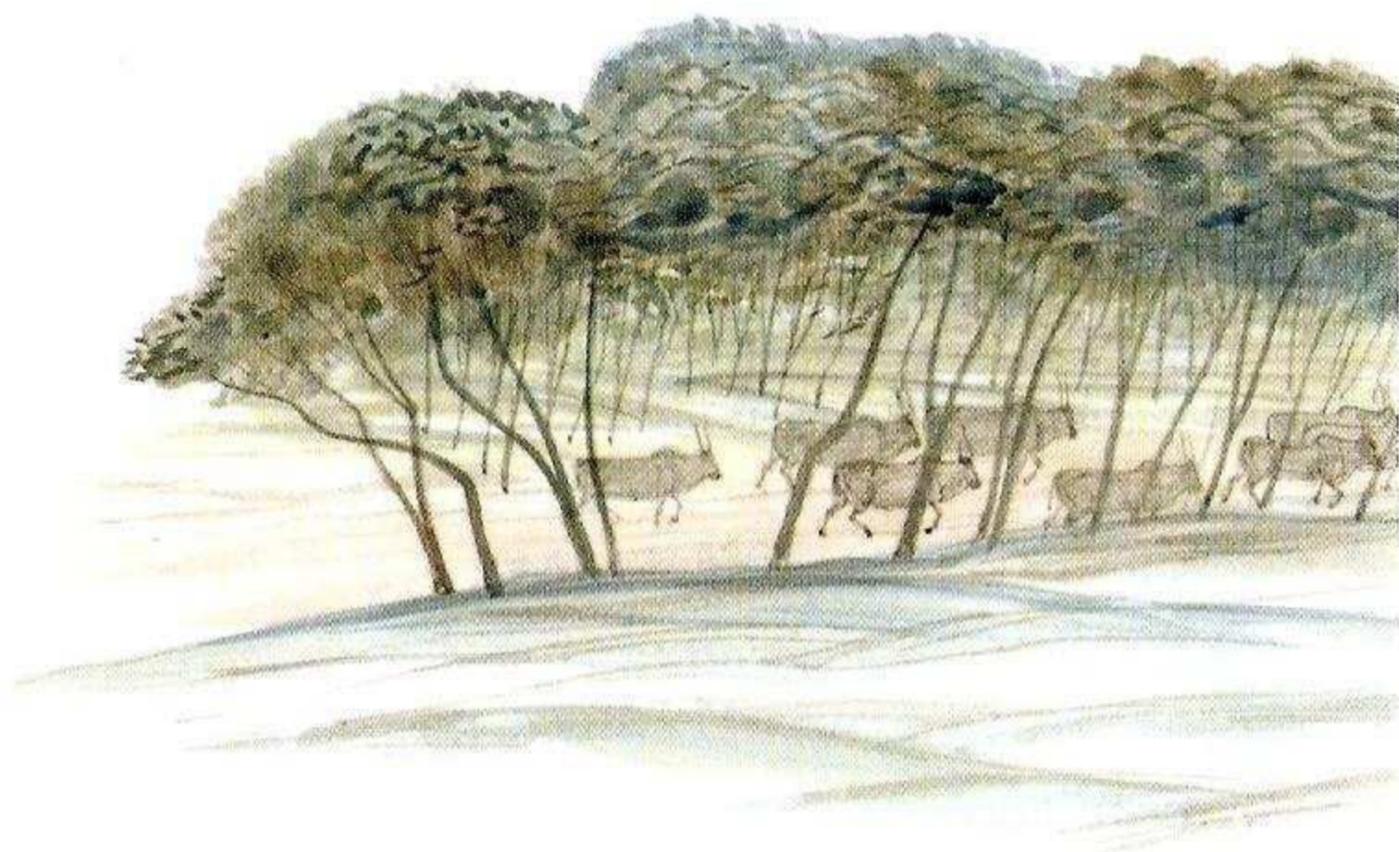
*Es así que para algunos no puede existir ya otra forma de unión fuera de la establecida por mi hermana Papán. Ella debió morir para renacer en mi corazón. Y allí empezó a vivir, desposada, rodeada, girando dentro de mi sangre. Cayó entera dentro de mi corazón, como un fruto del Paraíso, como una hoja de oro de los techos de Tenochtitlán.*

*Con ella dentro, yo recorreré el mundo, agitado por una extraña ansia, pero inmóvil en mi corazón. Miraré el mundo con sus ojos, veré para ella lo que acontece fuera. Y ella mirará hacia adentro por mí. Y cuando yo muera, viviré en las Visiones de Papán. Y alguien me esperará como a los Dioses Blancos.*

*Este es el anillo del desposado, el que existió alguna vez en el Paraíso. Es también el anillo de la soledad.*

*Y los diálogos que se enhebran en la soledad, son los diálogos de Papán. Y el ser que se ama en la soledad, es la Princesa Papán. Y el anillo que llevo en torno a mi dedo, es el anillo de Papán. Su mano invisible está en mi corazón y señala los días y las horas que me faltan. Tejiendo la tela de la soledad entre los hombres, podremos quizás soportar el frío del Oasis, que no es más que el frío de las Visiones de Papán.*

*Este rito es simple. Sólo se necesitará vaciar el corazón, agotar toda su sangre, quemarlo en vida,*



*dejarlo puro y seco, para que pueda ser llenado por las Visiones de Papán.*

*Tendremos que aprender a madrugar, mirar la Estrella de la Mañana, vigilar el vuelo de esas aves oscuras que se elevan de la tierra y se impregnan de su suave transparencia. Observar cómo caen esas hojas promisorias, que se desprenden del sol, como en un otoño de la luz.*

*Y entonces, puede que uno de los pétalos de la flor de la luz de la mañana descienda sobre nuestros párpados y los cierre, para que no veamos más este otoño de la luz. Y para que se abran nuestros ojos al verano de los hielos.*

*Una flauta de nieve narrará esta historia.*

~ ~ ~

Cuando las cuerdas bajaron el cuerpo a la fosa, oí que me decía: «No me dejes sola, la Boda se aproxima».

Sentí que de su cuerpo ascendían efluvios, ondas que me alcanzaban en una transparencia inteligente. Era su sustancia, su resumen. Un frío innatural se apoderó de mí, dejándome inmóvil hasta que llegó a su fin aquel rito antiquísimo y ya olvidado.

Supe que una Boda se había cumplido, que ella se había sepultado dentro de mí. Yo era ahora un catafalco, una Iglesia, ese mundo que habitan los muertos.

Desde aquel entonces, me he quedado frío. Desde aquel entonces, yo soy ella.

## *La Otra Espina Dorsal*

**P**or cerca de diez años recorrí los Himalayas, en busca de la Ciudad de Agharti.

Los Himalayas son la otra espina dorsal de la tierra, de este cuerpo gigante en que nos hallamos encerrados. Los Andes y los Himalayas. Así como las personas tienen tres ojos, la tierra posee dos espinas dorsales. Debemos recorrerlas ambas antes de que nuestro tercer ojo pueda abrirse, el que nos hará ver a la flor antes de haber sido creada.

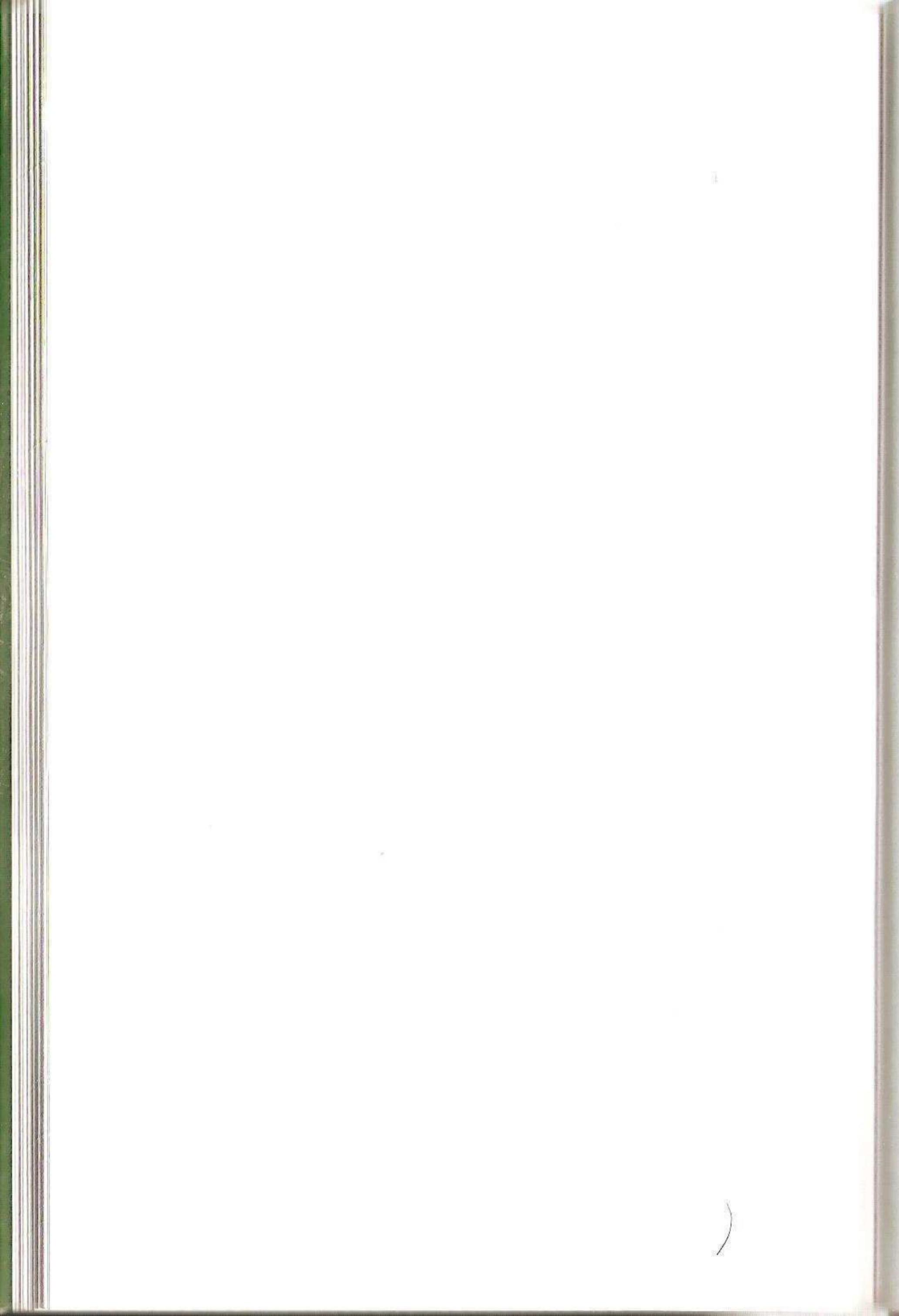
Si encontré la ciudad de Agharti, no lo sabré jamás. De ello está prohibido hablar. Diré sólo que estuve en el Valle de las Flores, donde crecen maravillosas primulas, geranios, anémonas y violetas. Llegué hasta allí siguiendo las huellas dejadas por el *Abominable Hombre de las Nieves*, al que los tibetanos llaman *Yetti*, *Kang Admi* o *Mirka*. Iba repitiendo la oración del Tíbet: "Om mane padme hum". Las huellas del *Yetti* eran como las de un Gigante de la Luna, residente de Shampullah, con sus talones al revés, iguales a las pisadas del *Imbunche* en mi lejano Sur.

En el Valle de las Flores viví por un tiempo. Tuve por compañero a un hombre de color azul, que me enseñó a bailar una danza llamada "Raslila", cuyos movimientos me recordaban el Círculo que antaño trazáramos con mi amigo, con los ojos cerrados. Consistía en danzar con varias mujeres, aunque de preferencia sólo con una de ellas, en el centro del Círculo y, al mismo tiempo, en su circunferencia; con una sola y con todas a la vez. La preferida del hombre azul se llamaba *Radha*. Y en sus giros vertiginosos él parecía fundirse con ella, de modo que nunca supe si *Radha* existió en verdad, o si tan sólo era una imagen que él extraía de su costado en el paroxismo de su exaltada danza. Mi preferida, con la que yo danzaba, era, desde luego, *Papán*.



En el Valle de las Flores contemplé también las violetas, por ser las que más abundaban en el jardín de mi infancia y porque comprendí que ya se aproximaba el tiempo de la creación de la flor.

El hombre azul me sorprendió en la contemplación y se burló de mí, pues creía que bastaba con danzar, afirmando que en la danza se creaba a cada instante la flor.



Parte III

*La Creación de la Flor*



## *El Regreso a los Comienzos*

**M**e encuentro de nuevo en mi patria. Vago a menudo por las calles de mi ciudad. No es una ciudad notable, pero tiene un alma. Es una ciudad que corresponde al pueblo que la habita. Pueblo disminuido, de la nueva luna y del nuevo sol. Sus calles perdidas, sus suburbios, guardan los ecos de los pasos de *Jasón*. En sus archivos invisibles, se registran los nombres de los buscadores de la Ciudad.

Es con cierta angustia en el corazón como voy rehaciendo los caminos de mi juventud. Me dejo llevar por un instinto, y es así como empiezo a descubrir calles desconocidas, cosas que nadie ha visto.

~ ~ ~

Buscando por donde quedaba el antiguo Santiago, con sus barrios residenciales, hoy habitados por gente modesta, convertidas sus mansiones en hospederías, me encuentro de pronto entre edificios de un color verdoso. Sus balcones tienen hierros trabajados como en el Renacimiento, y sus cornisas sostienen estatuas que observan impasibles. Voy marchando por el pavimento de adoquines, contemplando con placer estas

mansiones señoriales. Continúo hasta el final de la calle y me detengo junto a un pórtico que empieza a abrirse como para franquearme la entrada. Veo el número de la casa: 544. Cinco es el número del Destino, los cuatro forman un cuadrado.

~ ~ ~

Sigo por Ahumada, la calle céntrica. Tomo hacia la derecha y me encuentro en un lugar que nadie ve, que nadie encuentra. Hay allí un palacio hoy ocupado por oficinas públicas. Sus muros están cubiertos por una pátina dorada, como de oro líquido. Se destacan los perfiles y los contornos de unas esculturas semivivas. Tiene el edificio la forma de un cuadrilátero, que recorro de izquierda a derecha, como en los templos de Oriente. Por más que busco, no encuentro una entrada. De algún modo, subo a sus terrazas y, desde allí, observo el palacio en toda su extensión. Al descender, me doy cuenta de que he estado sobre una montaña.

~ ~ ~

Deberé buscar en esta ciudad un lugar dónde vivir. Nunca he tenido casa propia y, ahora, cuando todos me han abandonado, se hace imperioso que encuentre un hogar. No soy fácil para vivir en compañía. Necesito una casa sólo para mí y los fantasmas que me acompañan. Un buen cuarto, tranquilo y solitario, me bastará; allí podré decantar mis recuerdos y, de vez en cuando, trazar las cartas de mis viajes, cada vez más parecidas a los mapas del monje *Cosme Indicopleustes*.

En la Alameda de las Delicias se encuentra una calle corta y sin salida. Descubro en ella una casa que me agrada, ni muy grande ni muy pequeña. Atravieso un patio, subo a un primer

piso. La escalera es tallada en mármol; la casa entera es de mármol y tiene balaustradas y balcones interiores, como el Palacio que en Linderhof construyera el *Rey Ludwig de Baviera*. Busco al dueño de esta casa. Le veo descender con paso ceremonioso desde un balcón interior. Me enseña un cuarto deshabitado, que podría ser el mío. Saludo al dueño pausadamente; vuelvo a bajar al patio donde hay una fuente y, junto a ella, una niña esculpiendo estatuas. Aparecen esculturas tumadas, en actitud de reposo, y hay un banco junto a la fuente. Todo es muy blanco, de mármol húmedo. Hace un frío que envuelve, que traspasa.

~ ~ ~

Desciendo nuevamente por la Alameda, volviendo sobre mis pasos. Me encuentro frente a la iglesia de San Francisco, circundada por un alto muro. Penetro en la gran nave y alcanzo hasta el púlpito; a sus pies hay una escala de piedra oscura. Comienzo a subirla; arriba se extienden terrazas amplísimas, comunicadas entre sí por puentes suspendidos. Desde las terrazas contemplo la ciudad en la noche. Mucha gente me acompaña, aun cuando no todos los fieles que abajo rezan pueden subir por esa escala, y no porque alguien se los impida, sino porque no la ven. Desciendo a rezar en el templo, entre el gentío, sentado en la posición del loto, sobre viejas alfombras, junto a brocados comidos por la polilla. Siento que un desmayo me toma, un suave trance. Comienzo a ser feliz.

~ ~ ~

Voy a salir hacia los campos. Atardece en medio del ansia suprema de las cosas. El mar ha llegado hasta aquí y se

han debido construir malecones. Su agua se desliza como un río, en oleaje poderoso, aunque encauzada. Me detengo a contemplar tanta belleza. Arrastrado por la corriente viene un automóvil. Tendida sobre su techo, sin moverse, va una mujer. Su brazo izquierdo pende hacia un costado y flota sobre el oleaje. Marineros de uniforme nadan junto al automóvil y llevan tomada la mano de la joven con unción, mientras orientan el vehículo hacia los muelles.

~ ~ ~

Subo a una colina. Son estos los cerros de Peñalolén y Nido de Águila. Por ellos se asciende a unas altas quebradas, en los contrafuertes andinos. Estoy sobre una cumbre y comprendo que la única forma de poder regresar será descendiendo por la copa de un Árbol, a todo lo largo de su tronco. Tras muchos esfuerzos, llego a tierra y caigo al pie de una estatua mutilada.

~ ~ ~

Entro, por fin, en el más íntimo recinto, en una cámara secreta que poseo desde siempre y que nadie ha visitado fuera de mí. Hay en ella un subterráneo donde vivo una existencia oculta, donde duermo a solas, sobre divanes, rodeado de armaduras, de ricos linos, lanzas, flechas y espadas. Un agua esencial cruza el suelo de este recinto y me alimenta. Aquí oigo música, aquí reposo y desaparezco.

Salgo de noche, cuando nadie pueda verme, ascendiendo por una escalera de caracol, hasta llegar a un empinado desván. Pongo una silla sobre otra, un piso sobre estas sillas, subo y empujo un tabique del techo. Se abre un hueco por el



que apenas puedo pasar. Entro en un angosto pasillo, continúo un trecho reptando y me encuentro fuera, libre, salvo, más allá del tiempo y de la vida. ¿Dónde estoy? Tal vez en la Ciudad de los Césares.

## *¿Es Esto un Crimen?*

**A** medida que todo se va cumpliendo, se apodera de mí una fuerte sensación de culpabilidad. La sensación me acompaña desde la adolescencia. Me he sentido siempre culpable de muchas muertes. Esa sensación emerge ahora con más fuerza, cuando me he puesto definitivamente al trabajo de crear una flor, con los únicos elementos de que dispongo, con los lápices y colores de mi infancia, en las páginas de un viejo cuaderno escolar.

No es tan sólo una sensación de culpabilidad, sino, más bien, la certidumbre de haber cometido un crimen, de ser un asesino. Me encuentro con una mujer que me lo dice a gritos: «¡Asesino!». Sé que es verdad, que he matado a alguien, alguna vez, en alguna parte. Tengo un muerto oculto en el sótano, en el campo, junto al río. Y ahora, a estas alturas, ya no puedo detenerme, no puedo dejar de seguir asesinando, debo cometer nuevos crímenes y disolver los cuerpos en un ácido especial, para que no los descubran. Pero, ¿de qué sirve la impunidad si arrastro conmigo el tormento de sentirme culpable, el remordimiento que al final me delatará?

He aquí que desciendo a las raíces del Árbol y encuentro allí otro cadáver. Aparecen cuatro personajes. Son cuatro sabios. Me confieso ante ellos y les pido ayuda para ocultar aquel cuerpo. En ningún momento temo que me delaten. Sé que son absolutamente dignos de mi confianza. Los cuatro sabios se distribuyen formando un Mandala y leen en voz alta un libro en pergamino. Siento alivio.

## *Los Confines*

**E**stoy sentado en mi cuarto contemplando la flor, comparándola con aquella del jardín de mi niñez. Comprendo que no hay relación entre una y otra, que no cabe compararlas.

Llaman a la puerta. Abro. Es un visitante que había estado anunciándose desde hace ya tiempo, pues siempre llega a estas alturas del trabajo. Es alguien que se parece a un cobrador de la luz. Se queda de pie en el umbral. Le observo. Veo que tiene los pies al revés, con los talones vueltos. Le pregunto por su nombre y me entrega varias tarjetas de visita. Cada una con un nombre diferente: *Abominable Hombre de las Nieves*, *Espectro del Umbral*, *Imbunche...*

«Realmente», dice, «soy el Secretario General del Partido y tengo por misión llamarte al orden, volverte a la realidad».

«¿De qué partido?», le pregunto. «No pertenezco a ninguno».



«Ahí está lo malo. Eres un romántico, aislado en tus fantasías... Los remordimientos que te aquejan se deben a que sabes que te encuentras al margen de todo y sumergido en un sueño inexistente».

«No es verdad», replico. «No es verdad. Nadie me quitará mi flor. ¡Es mía, la hice yo...!».

Rompe a reír.

«¿Ves? Te comportas como un niño».

Me rehago y, más serenamente, respondo:

«No me convencerás».

«Ven conmigo», ordena.

Obedezco, pues comprendo que tendré que ir hasta el final. Descendemos la escala y salimos a la calle.

Dice:

«Ahora me llevarás a ver todas esas bellas mansiones que has descubierto en esta ciudad. ¿Dónde están?».

Caminamos. Busco por la calle Vergara y no encuentro las casas del Renacimiento. Busco por Ahumada, por la Alameda, por el templo de San Francisco. A cada fracaso mío, él ríe y mueve la cabeza.

«¿Te convences? Nada de eso existe. Todo es fantasía, sueños. La realidad es otra, nunca la has querido aceptar, pero existe, está aquí y hay que saber reconocerla. Santiago es pobre, modesto; no obstante se debe vivir, trabajar en él, aceptarlo como es. Voy aún más lejos, te pregunto por tu Círculo. ¿Dónde está? ¿Qué es lo que tú llamas el Círculo, el Maestro...? ¿Y tu amigo *Jasón*, quién era? Un soñador que no pasó de la adolescencia, al ser asesinado... ¿Y ella, tu *Papán*, tu Reina? Una pobre muerta, consumida en los ardientes sueños místicos de la tuberculosis...».

«¡Calla!», grito, «¡calla, o me convertiré en un asesino de verdad!».



Él no cambia su sonrisa. Pero en voz más baja, más ronca, dice: «Por esto, que no existe, lo has sacrificado todo; tu propia vida, tu felicidad... Por

esto que llamas “tu flor”... Ven, sígueme más lejos, te mostraré a alguien que se nos adelantó...».

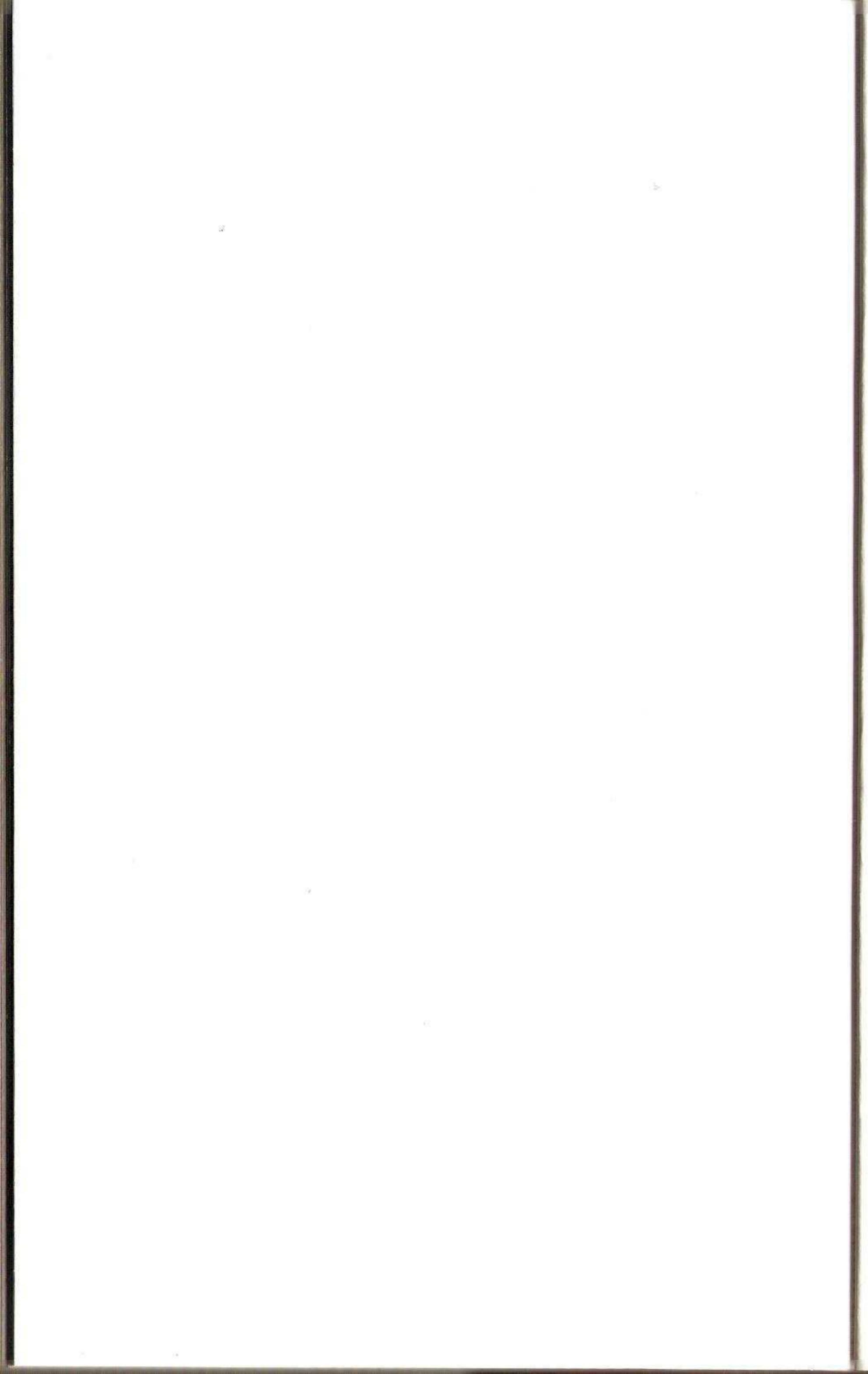
Caminamos, caminamos mucho, uno al lado del otro, marchando él sobre sus pies torcidos, con sus pasos contrarios, que llevan al origen, por rutas que reconozco. Cruzamos los canales, los lagos, las montañas, y llegamos a un pueblo de empalizadas rústicas, identificable sin dificultad. Es Puerto Hambre, la antigua Ciudad del Rey Felipe, la de *Pedro Sarmiento de Gamboa*.

Entramos en su Plaza Central y nos detenemos ante el Árbol de la Justicia. Un cuerpo desnudo pende del Árbol como una rama seca.

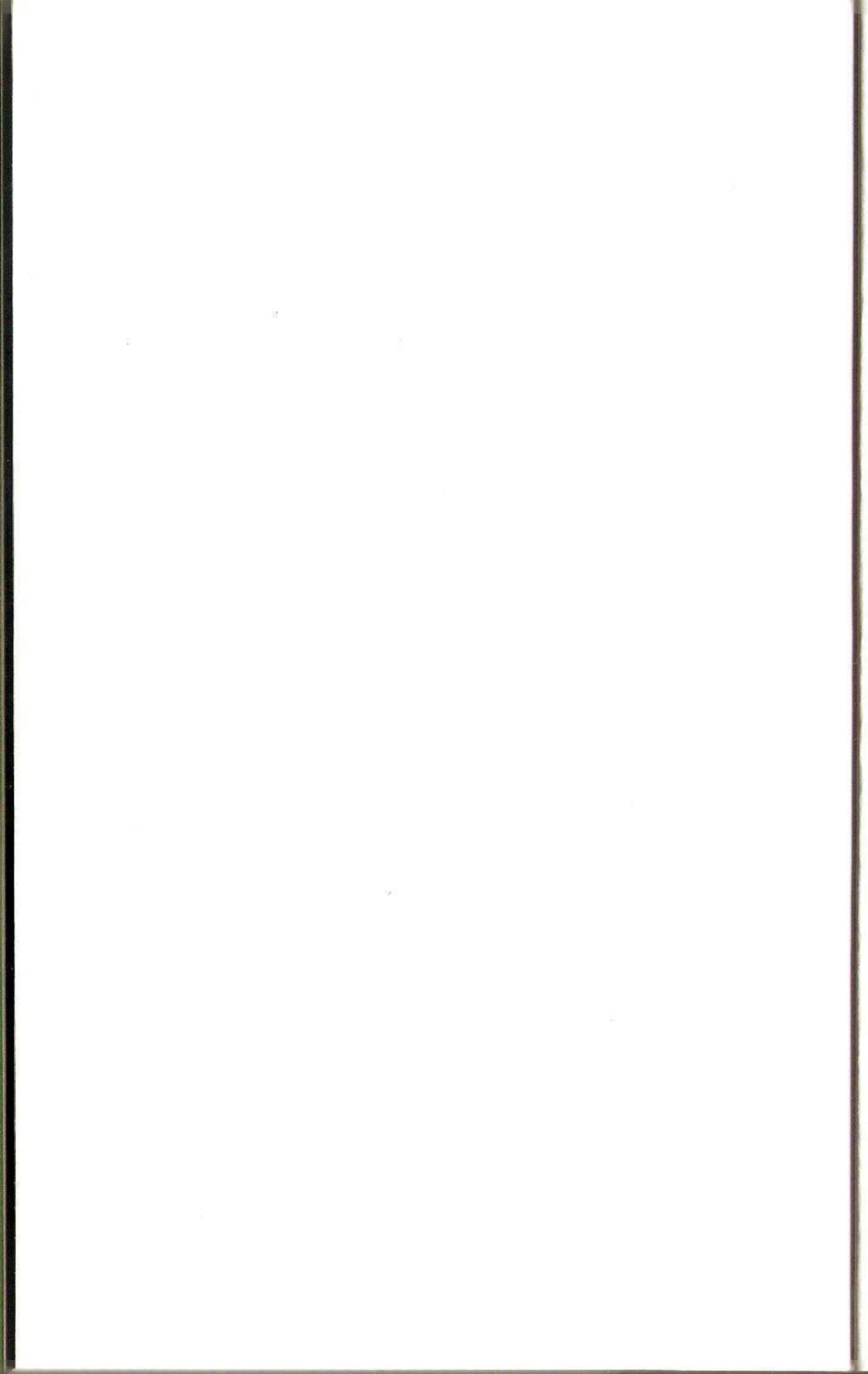
«Acércate», me dice. «Mira su rostro».

Es de noche y, gracias a una luz que se desprende del Leño, puedo distinguir el rostro y reconocerlo. Abre su boca y deja escapar un grito, que el viento del Estrecho transporta hasta los últimos confines:

«¡*Pedro* mío!, ¿por qué me has abandonado?».



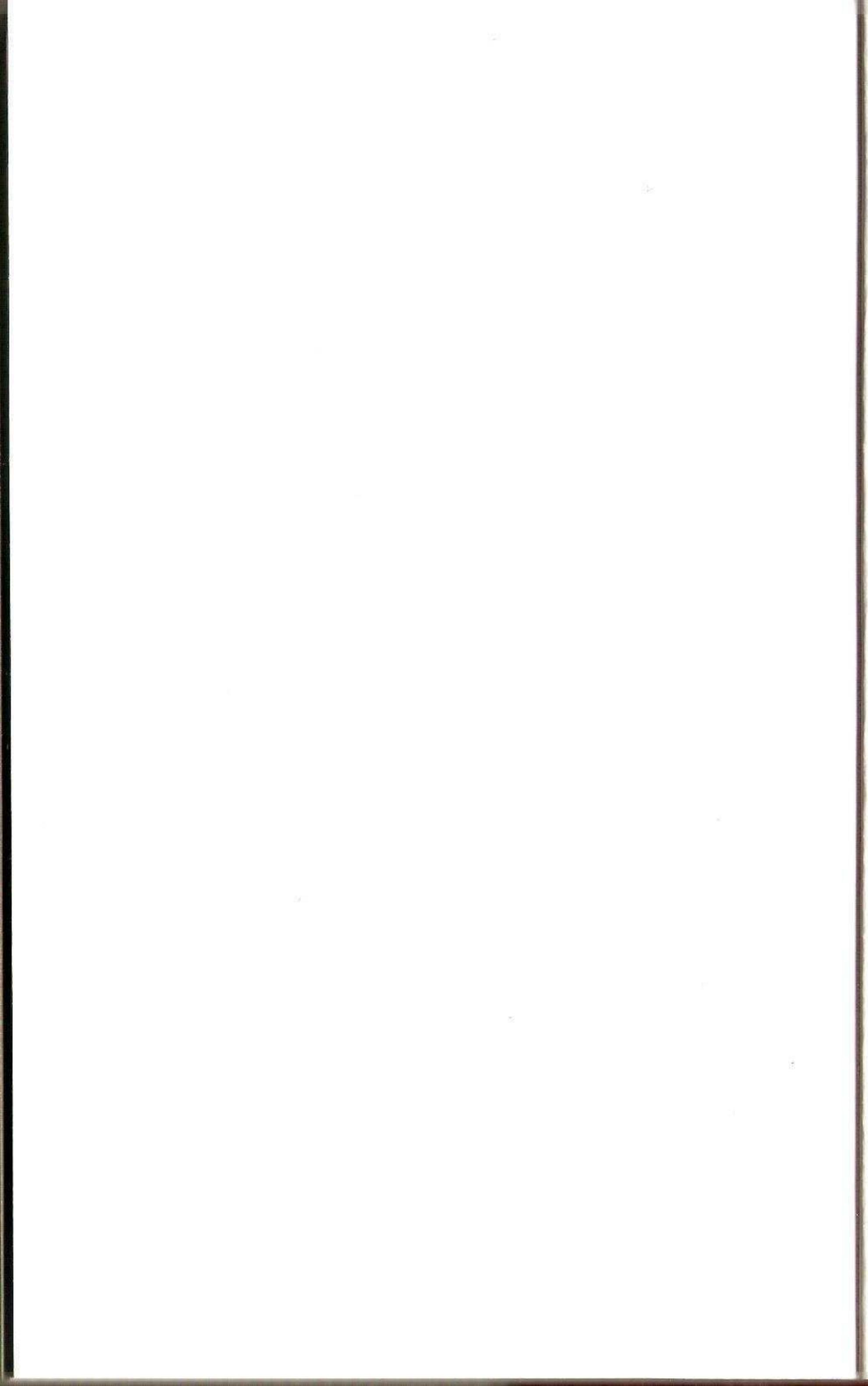




Postfacio

*El Poeta en su Prosa*

por Armando Uribe



**E**l escritor chileno que ha pretendido más en sus obras principales es Miguel Serrano. Crear una mitología chilena de carácter universalmente válido.

Hace cuarenta años Enrique Espinoza, director de esa muy destacada revista literaria que hubo en Chile, "Babel" (1940-1952), me enseñó que siempre merece el máximo respeto aquel escritor capaz de elevar su obra a los altos asuntos, en el intento de crear un mito. Junto con José Santos González Vera, consideraba que Pedro Prado, en *ALSINO*, tuvo tal propósito; por ende merecía admiración, aun cuando, opinaban ambos, su intento se frustró en definitiva.

Miguel Serrano, consciente e inconscientemente, ha tenido una más alta y completa ambición. Se observa desde sus primeros libros, a fines de la tercera década del siglo pasado, y prosigue hasta hoy en esta peligrosa tarea de invención mitológica.

En mi concepto, incluso sus manifestaciones ideológicas y de política mundial –aunque se discrepe de ellas– son, por su estilo y pasión, sobre todo literatura de creación mitológica, fantasía exacerbada por el afán mistagógico, es decir, “escrito que pretende revelar alguna doctrina oculta o maravillosa” (RAE), de transformar el mundo, el cosmos, el ser humano: revelar el misterio guardando sus secretos.

Puede hacer esto último porque es un notable escritor en prosa y porque mucho en su prosa contiene poesía.

Tomen, por ejemplo, estas frases y pasajes de *LA FLOR INEXISTENTE*:

pág. 22     *...nos dimos cita en unos barrios quebrados...*

~

pág. 30     *Las cabelleras les caían sobre los hombros y los bordes de sus siluetas se enmarcaban con vetas de oro.*

~

pág. 41     *...buscando la Ciudad de los Césares en las calles diurnas.*

~

págs. 48 y 49     *Descubrí aguas que nadie ha visto, cumbres donde florecen extrañas plantas y se mecen lirios de fuego, llanuras de pura luz sonora, nieves como la espuma de la plata.*

~

pág. 49 *Me sumergí en las aguas del lago Nahuel-Huapi, frías como la muerte, donde los ángeles lavan sus alas.*

~

pág. 50 *Y planté un manzano en tierras del sur, donde sólo crece el viento.*

~

pág. 50 *Y cuando la lanza indígena me abrió el pecho, del arroyuelo de sangre que de él manara para regar el lejano sur y fertilizar el manzano, vinieron también ciudades y ciudades, con muros de oro, con techos de diamante, que yo llevaba dentro desde que naciera.*

~

pág. 55 *Estos barcos se aprovisionaban en los misteriosos oasis de la Antártida, donde tal vez se esconde la Ciudad. La flota era mandada por almirantes expertos e inmortales, con barbas heladas y ojos como icebergs.*

~

pág. 56 *Esta flota navega bajo el agua, por las profundidades del mar, debajo de los hielos Antárticos, abriéndose paso en dirección a los oasis de aguas tibias que existen en las praderas congeladas.*

~

pág. 57 *En el Caleuche va el Almirante. Lleva en sus manos un catalejo que más semeja un cetro; también tiene alas.*

~

*págs. 59 y 60*

*[La Ciudad] se encuentra en todas partes y no sólo en el lago Nahuel-Huapi, entre las Torres del Paine, en el Monte Melimoyu y en los oasis antárticos de la Reina Maud. También aquí mismo, en el centro de Santiago de la Nueva Extremadura, en la calle San Diego, en Avenida Matta, en la calle Lira, en Carmen, en Recoleta, en Santo Domingo, en Padura y muchas más. La andarán pisando, escuchando a cada momento; cuando hayan entrado en ella, ya no lo estarán; cuando crean haber llegado, descubrirán que es un engaño; la habrán encontrado cuando no lo sepan, cuando ya no lo esperen, cuando crean que no existe, cuando les haya vencido el desaliento. Nacieron en ella, viven en ella, la perdieron antes de nacer; la recuperarán después de morir.*

~

*pág. 66*

*Desde el interior del cuarto se aproximó una mujer voluminosa, con las piernas envueltas en polainas de papel.*

~

*pág. 66*

*Mi fervorosa juventud había buscado aquella noche por los contornos de aquel cuerpo de mujer, deteniéndome en cada una de sus esquinas, junto a sus pies, abrazado a las columnas de sus piernas, arrastrándome por los suaves sembrados, ascendiendo sus cordilleras, sostenido por sus brazos, mientras bebía en sus labios el licor de un*

*fruto que ha madurado demasiado pronto. Pero sus ojos no me vieron, perdidos en una lluvia imaginaria.*

~

págs. 66 y 67

*[¿] por qué no encontré la Ciudad, si tú nos has dicho que está en todas partes, en todo ser vivo, en toda mujer, en todo hombre?*

~

pág. 67

*El perro blanco quiso impedirme la entrada.*

~

pág. 67

*Debiste obedecerle porque el perro es también la Ciudad.*

~

pág. 67

*La Ciudad es como una flor de papel pintado (...).*

Se debe reconocer que todas las citas anteriores vienen sólo de la primera parte de *LA FLOR INEXISTENTE*, que tiene por título “Jasón”; y que este antiguo amigo de viaje y despedida no aparece mencionado en ellas. Tampoco aparece —salvo en la última cita— la flor, aun cuando es el motivo del libro desde el inicio, llamado “La Primera Flor”, en que hay un jardín donde juegan los niños y, entre ellos, el autor cuando era infante. “Un día, del interior de una flor asomó una mano y me hizo señas para que me aproximase. (...) me preocupó que la invitación fuese para entrar a la flor”. Ésta se deshoja, no puede

reconstruirla, ni aun armando una de papel. “En aquel momento dejé de ser niño y no pude seguir conversando con las plantas (...) Había entrado en competencia con la naturaleza y con el buen Dios; había contraído, sin saberlo, el compromiso mortal de crear una flor”. ¿Sería ello posible en la Ciudad de los Césares? Y se produce la búsqueda iniciática.

La segunda parte se llama “Papán”, que es una princesa de una Ciudad, Agharti. Ésta, si no me equivoco, subterránea y secreta, fue buscada desde principios del siglo XX por el gran poeta Stefan George y por su Círculo, mágico y real, que tuvo entre sus miembros a Von Stauffenberg, quien atentó contra Hitler en 1944.

Muchas citas maravillosas podría hacer de “Papán”.

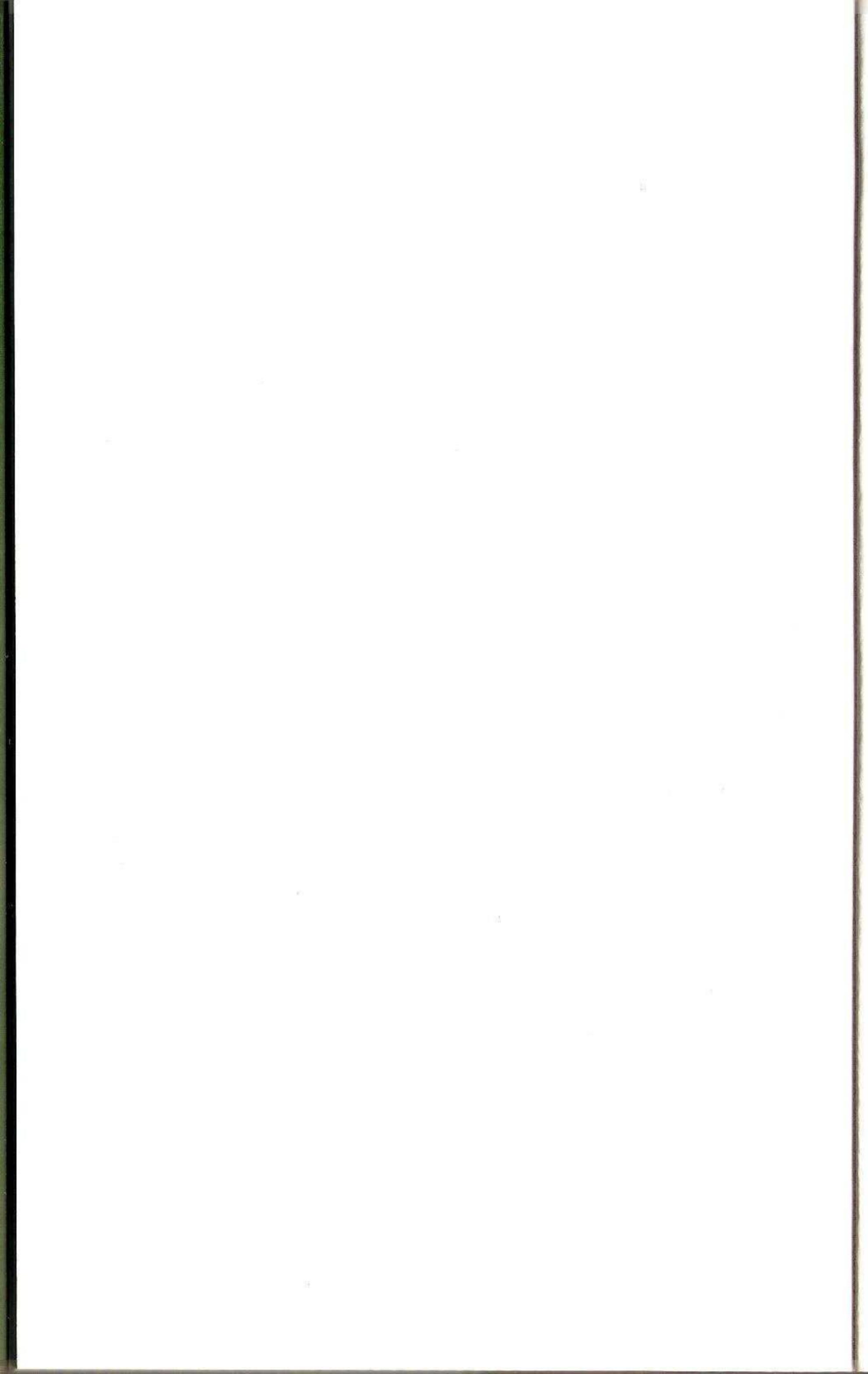
Más aún de la tercera parte: “La Creación de la Flor”. Pero guardemos el secreto de esta conclusión, si lo es.

Llegó el tiempo de acabar estas líneas y concluir, si es posible.

Este libro es un gran poema.

Miguel Serrano es un poeta mayor chileno que no desmerece entre los grandes de la continuidad de la poesía en nuestro país escrita en verso. Su prosa es de altura, y además tiene garra.

Sus obras más importantes, coronadas –no finiquitadas– por las *MEMORIAS DE ÉL Y YO* en cuatro volúmenes, componen un conjunto que es, en cierto modo, un mismo y único Libro.



## LA FLOR INEXISTENTE

© Miguel Serrano Fernández

Registro de Propiedad Intelectual: 115.775

ISBN: 956-7878-29-3

Be-uve-dráis Editores  
Teléfono/fax: (56-2) 341-8853.  
Av. Jaime Guzmán 3293, Ñuñoa, Santiago de Chile.  
Casilla electrónica: [bvdrais@yahoo.com](mailto:bvdrais@yahoo.com)  
Sitio web: [bvdrais.cl](http://bvdrais.cl)

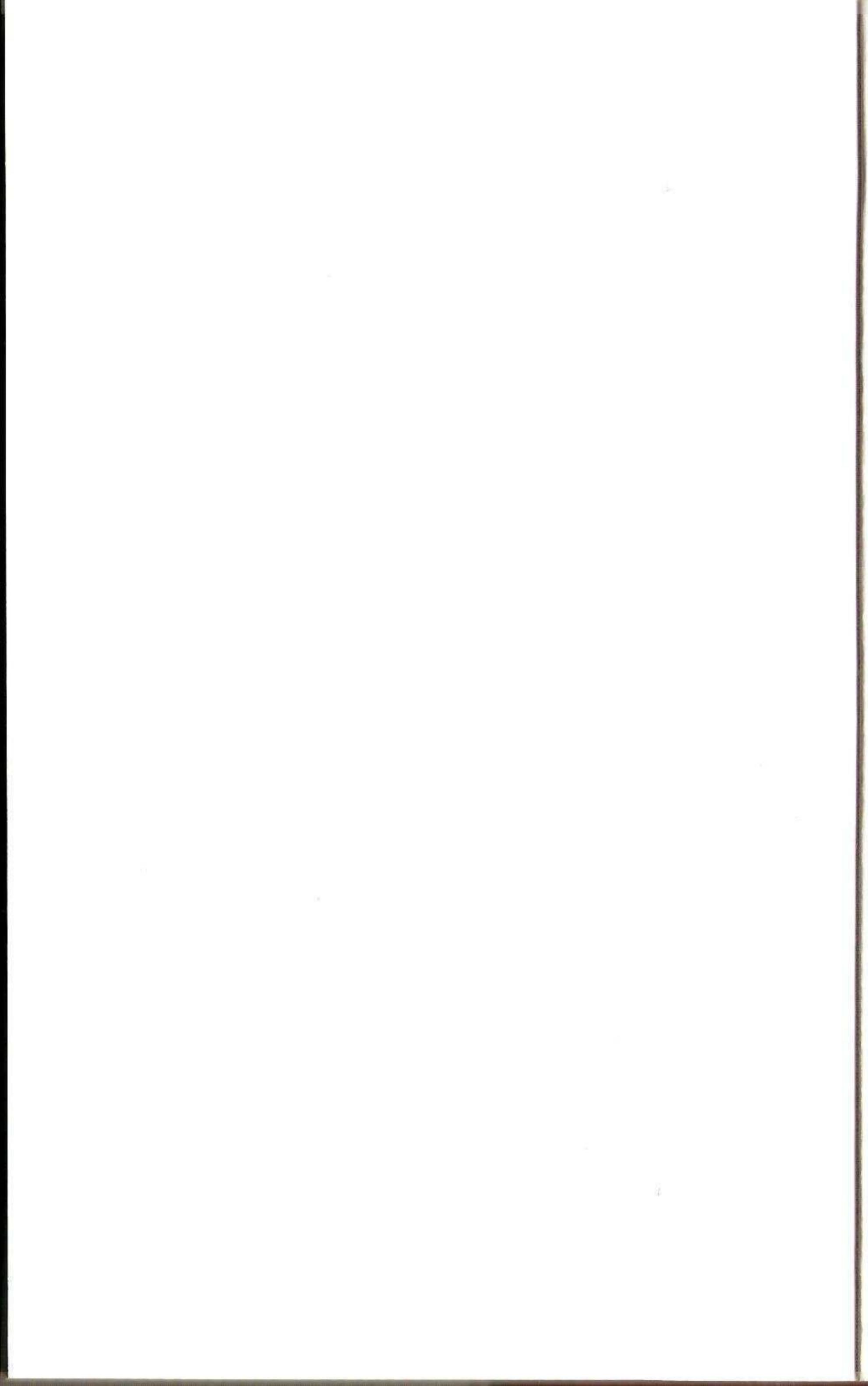
Ediciones anteriores: en castellano, London, Routledge & Kegan P., 1969.  
En inglés: *THE ULTIMATE FLOWER*, London, Routledge & Kegan P., 1969 y 1978; N. York, Schocken Books, 1970; N. York, Harper & Row, 1972. En alemán: *DIE SUCHE NACH DER VERBORGENEN BLUME*, Basel, Sphinx Verlag, 1984.

De esta primera edición chilena se imprimen ¡más ejemplares de los necesarios!

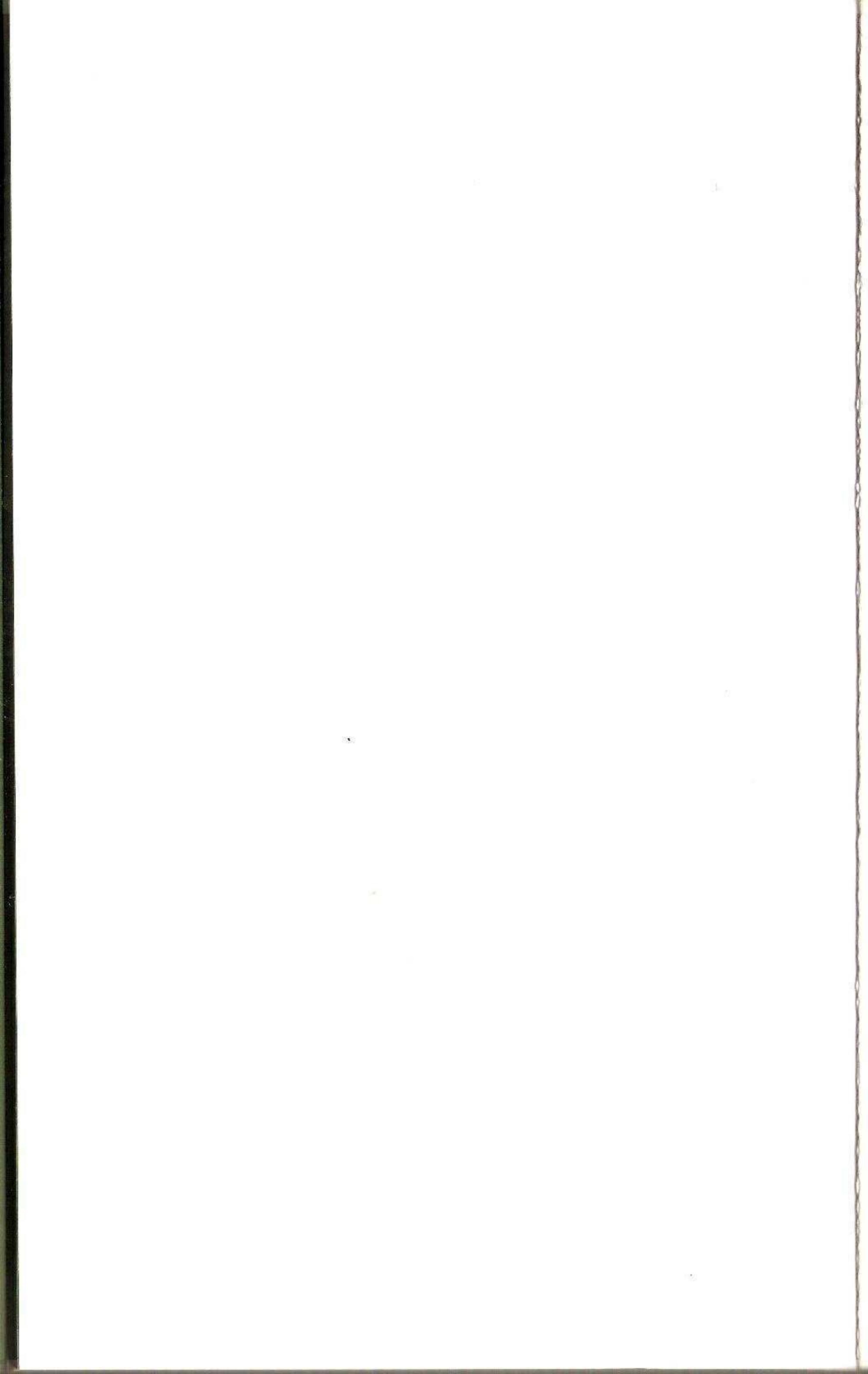
Se usaron tipografías: *ACaslon Regular* para el texto y *Georgia* para los números de página.

Escaneó las ilustraciones y diseñó las cubiertas: Carlos Videla.

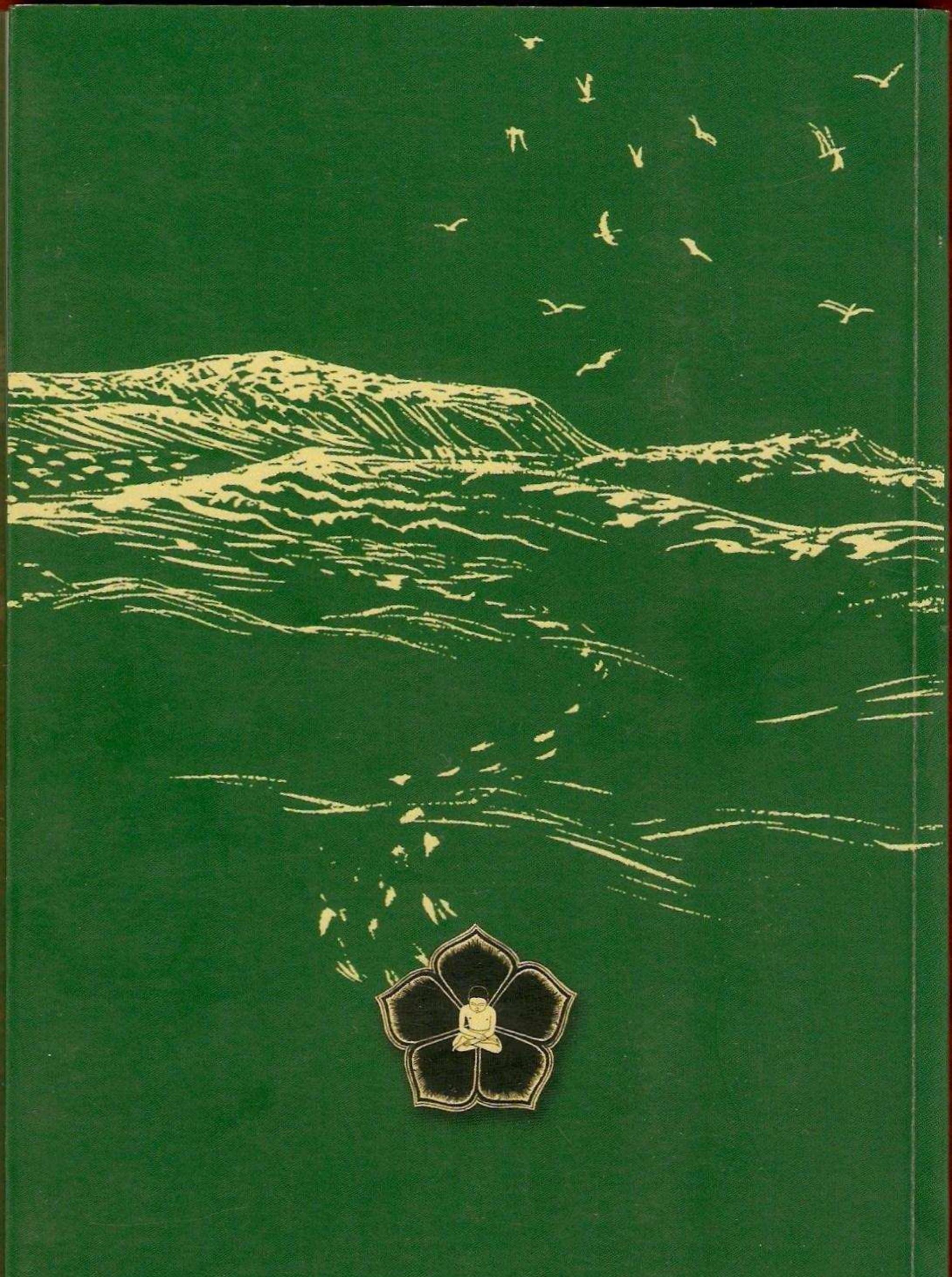
Corrigió las primeras pruebas: Paulina Correa.  
Leyó unas segundas pruebas: Álvaro Arellano.  
Digitó, diagramó y metió su (¿mugrienta?) cuchara después de las correcciones, abriendo así puertas y ventanas a viejos y nuevos errores (que lo vencieron): Edmundo Rojas.



Impreso  
en Santiago de Chile  
durante julio de 2004  
en los talleres  
de  
IMPRESA SALESIANOS S.A.



[www.bvdrais.cl](http://www.bvdrais.cl)



*Beuvedráis Editores*